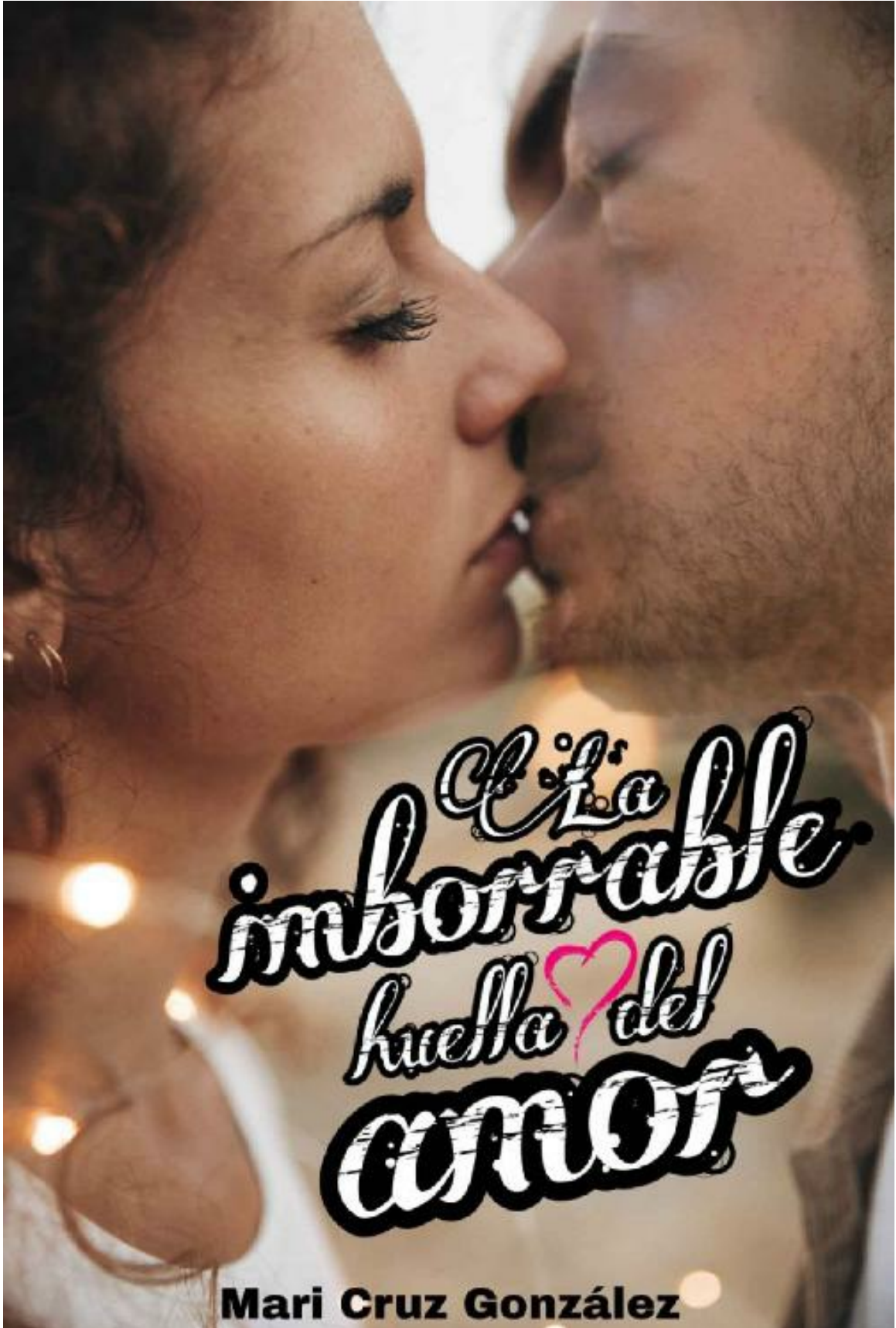




El La
inhorrable
huella  del
amor

Mari Cruz González



*El La
imborrable
huella del
amor*

Mari Cruz González



INDICE

♥ Capítulo 1-----	3
♥ Capítulo 2-----	14
♥ Capítulo 3-----	30
♥ Capítulo 4-----	40
♥ Capítulo 5-----	51
♥ Capítulo 6-----	61
♥ Capítulo 7-----	69
♥ Capítulo 8-----	83
♥ Epílogo -----	94

I

Yo era la chica más feliz que pisaba este planeta. Tenía un trabajo con un buen sueldo que me permitía llegar desahogadamente a final de mes, una familia bastante unida y un novio que me quería con locura. Aarón era perfecto. Llevábamos diez años como pareja y justo el día en el que los cumplíamos, hincó rodilla delante de casi cincuenta personas en el restaurante en el que cenábamos esa noche. Todavía recuerdo las exclamaciones de asombro, un camarero grabándonos y una cocinera rechoncha llorando como una magdalena, sorbiéndose los mocos mientras todos los allí presentes aplaudían. Fue la noche más bonita, romántica y mágica que recuerdo.

Teníamos una relación de envidia o eso me decían mis amigas. La verdad era que nos llevábamos muy bien, apenas discutíamos y no teníamos problemas de confianza, sinceridad o fidelidad. Vivíamos juntos desde hacía seis años y la convivencia era bastante buena: cocinaba, me ayudaba con las tareas domésticas, era ordenado, limpio y un manitas arreglando cosas. Era increíble. No tenía más palabras para describirlo. Era mi príncipe azul, por el que hubiera dado todo.

Estábamos tan emocionados con casarnos que hasta planeamos un viaje. Yo fui la que propuso la idea. Nos íbamos a Andorra en nuestro propio coche. Queríamos una pre-luna de miel: esquiar, estar en contacto con la naturaleza rodeados de montañas y respirando aire puro. Lo organizamos todo en nuestros respectivos trabajos para poder ir en febrero.

Pero antes de irnos, mi madre, mi futura suegra y yo nos fuimos a comprar el vestido de novia más espectacular que había. Lo encontré después de recorrer varias tiendas: un palabra de honor con una cola larga. Las dos mujeres que me acompañaban se emocionaron al verme de blanco. Lo guardé muy bien en casa de mis padres, Aarón no podía verlo.

La noche anterior al viaje la dedicamos a hacernos el amor tan apasionadamente que parecía que aquella era la última vez que iba a tenerlo en mis brazos. Me abracé a su cuerpo, escuchando a su corazón latir a mil después del orgasmo, y sentí unas irrefrenables ganas de hacerle saber cuánto lo amaba. Se lo dije unas veinte veces o más mientras me comía su cara a besos para después volver a abrazarme a él en nuestro último abrazo antes de quedarme dormida.

Salimos después de comer. Decidimos hacerlo así para que yo pudiera conducir un tramo pues me daba respeto conducir de noche. Paramos en una gasolinera a estirar las piernas, llenar el

depósito de combustible y hacer el cambio. Él conduciría hasta Andorra y ya empezaba a oscurecer. Nos dirigíamos a Zaragoza a una velocidad normal, puesto que apenas había coches en la carretera. La música sonaba de fondo y yo le daba conversación sobre lo que íbamos a hacer allí. Estábamos muy ilusionados por conocer un país nuevo aunque fuese pequeño. Pero, en un abrir y cerrar de ojos, nuestros planes se truncaron para siempre. Solo recuerdo una luz cegadora y nuestros gritos. Aarón sobre el airbag. Dolor. Sangre. Luz. Silencio. Paz.

— Judith, Judith...

Me giré reaccionando a mi nombre. Era Aarón. Estaba lejos en aquella inmensidad totalmente blanca. No podía correr, ni lanzarme a sus brazos. Al llegar a él, me cogió de las manos y me sonrió.

— Te quiero— yo le respondí lo mismo—. Pero ha llegado el momento... tenemos que separarnos aquí.

Lo miré aterrada. ¿De qué estaba hablando?

— ¿Por qué? Quiero irme contigo. No quiero estar en un sitio donde no estés tú— fue lo único que pude decir.

— No puedes— dijo mientras negaba con la cabeza y apretaba mis manos—. No es tu hora. No es demasiado tarde para ti, pero sí para mí.

No entendía nada, todo esto sonaba a despedida.

— Tengo que irme pero ten por seguro que no te voy a dejar ni un solo segundo sola. Te deseo lo mejor. Te amo muchísimo. Nunca lo olvides, por favor.

Me besó en los labios y me abrazó. No podía llorar. Comenzó a alejarse. Comenzó a desvanecerse en el aire.

— ¡Espera, Aarón!— intenté correr—. ¡Te amo, te amo!

Llegué hasta él pero ya era tarde. Caí de rodillas sin comprender todavía. Un profundo dolor me recorría el cuerpo. Y luego, luz. Luz blanca y pura. Tranquilidad absoluta.

Abrí los ojos poco a poco. La luz de los fluorescentes me hacía daño. Un pitido intermitente retumbaba por toda la habitación, haciéndose el dueño del silencio junto a un ruido ensordecedor y monótono. Parpadeé repetidas veces, lo veía todo muy borroso. Estaba tumbada en una cama con un montón de máquinas a mi alrededor. Tenía puesta una mascarilla de oxígeno. Bajo ella, un pequeño tubo se apoyaba encima de mi oreja y, pegado a mi mejilla por alguna especie de cinta adhesiva, se introducía en mi fosa nasal izquierda. Algo rígido me rodeaba el cuello hasta la clavícula. Sentía ganas de vomitar y me dolía la cabeza. Levanté los brazos para observar que tenía cables en ellos, en mis dedos y hasta en el pecho me los pude palpar. También conté al

menos una aguja atravesándome la piel. Moví un poco mis piernas, la izquierda la tenía en alto rodeada de escayola y me dolía a rabiar. Hice un guiño y solté un gruñido de dolor. Me sentía cansada, agotada, como si un camión me hubiera pasado por encima. Oí una exclamación de susto a mi derecha.

— ¡Doctor, doctor!— salió apresuradamente una enfermera de la habitación.

No la había visto, mi campo visual era muy limitado. Me dolía demasiado el cuello y lo tenía inmovilizado. Al poco rato entró un hombre.

— Judith, al fin— suspiró con alivio. Me sonaba su voz—. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros. ¡Dios! Me dolía todo. Los ojos se me cerraban.

— ¿Puedes hablar?— esperó un instante y luego insistió—. Habla, por favor.

— Me duele todo. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?— mi voz sonó muy débil y ronca.

— Tranquila, Judith. ¿Te acuerdas de mí?— se acercó más a la cama y buscó mi mirada perdida.

Lo miré a la cara detenidamente, haciendo un enorme esfuerzo para que no se me cerraran los párpados. Me sonaba también.

— ¿Germán?— asintió y sonrió ampliamente.

Se sentó sobre la cama.

— Aún te acuerdas de mí— confirmó sin dejar de sonreír.

— Me alegro de verte— tosí por culpa del vapor de la mascarilla y el temblor de mi cuerpo al hacerlo fue peor que haberme ahogado con él.

Fruncí el ceño con resignación.

— Yo también, pero no así— me miró de arriba hacia abajo haciendo énfasis en ‘así’.

— ¿Qué ha pasado, Germán?— musité sin apenas fuerza en la voz.

— Tuviste un accidente de coche. Un borracho conducía en dirección prohibida en plena autovía y chocasteis de frente. Has estado casi un mes en coma, no había muchas posibilidades de que salieras de él. Estás viva de milagro.

Me quedé paralizada un momento. Recordé una luz cegadora. Tosí.

— ¿Puedes quitarme esto, por favor? Si no me he muerto, esto me va a matar. Además, parezco Darth Vader— hice el intento de quitármelo pero él me bajó la mano hacia el colchón mientras sonreía.

— No, no puedes quitártelo, al menos aún no. Tienes que descansar— me apretó la mano derecha.

Miré nuestras manos juntas. Un anillo precioso brillaba en mi dedo anular.

Gritos. Dolor. Sangre.

— ¡Aarón!— grité, reuniendo las pocas fuerzas que tenía—. ¿Y Aarón?

Germán se puso serio y tragó saliva con cierta dificultad. Se levantó, rehuendo mi mirada.

— Tranquila, Judith, tienes que descansar— repitió, nervioso.

— ¿Dónde está Aarón?— esperé contestación pero no la recibí—. Dímelo, Germán.

Se miró las manos mientras retrocedía hacia la puerta. El monitor cardíaco pitaba cada vez más rápido.

— ¡Maldita sea, dímelo!— insistí, incorporándome dolorosamente.

Empecé a quitarme la mascarilla, la aguja y los cables de mi pecho, brazos y manos como pude. Me sorprendió aquella repentina fuerza que me invadió estando en tales circunstancias. Las máquinas que me rodeaban comenzaron a volverse locas emitiendo pitidos.

— ¡Para! ¡Enfermera!— gritó mientras me retenía de las muñecas contra la cama—. ¡Enfermera!

— ¡Solo dime cómo está Aarón! ¡Necesito saberlo, por favor!— forcejeé con él en vano mientras las lágrimas me caían a raudales a ambos lados de mi cara y se estampaban contra el collarín y la sonda.

Una enfermera entró a toda prisa y me cogió de un brazo. Sentí un pinchazo y en seguida dejé de tener voluntad.

— Tranquila, Judith— oí la voz de Aarón y me di la vuelta.

Ahí estaba él de nuevo. Ahora, en el parque donde nos conocimos o, mejor dicho, donde nos presentaron.

— Tienes que ser fuerte, cariño. No quiero verte mal, no quiero que te preocupes por mí. Estoy bien. No sufrí. Fue todo demasiado rápido.

— ¿El qué? ¿De qué hablas, Aarón?— fruncí el ceño.

— Te amo, preciosa. Y siempre lo haré— se despidió de mí con un beso y se esfumó.

Otra vez luz. Otra vez ese pitido y el ruido incesante. Otra vez el vapor en mis labios y en mi nariz. Otra vez el, ahora leve, dolor en la pierna, en la cabeza y el cuello. Unos susurros. Abrí los ojos despacio, dándoles tiempo a acomodarse. Mis padres estaban sentados en un rincón de la estancia. Se acercaron de inmediato.

— ¡Judith, hija!— me abrazó mi madre con cuidado, temerosa de hacerme daño.

— ¿Cómo te encuentras?— me apretó la mano mi padre.

No contesté, supuse que mi cara lo diría todo.

— ¡Menos mal que estás viva! ¡Dios sabe cuánto he rezado!— empezó a decir mi madre mientras me tocaba sin parar, como si no se creyera que estuviera viva.

Me miré el anillo y apreté los ojos con fuerza. Tenía que controlarme, no quería que me sedaran de nuevo.

— ¿Dónde está Aarón?— los miré a ambos, esperando.

Mi madre me frotaba el brazo, conteniendo las lágrimas en sus ojos y mi padre me rodeaba la mano izquierda mientras le hacía señales con las cejas.

— ¿Podéis decirlo de una vez?— estaba angustiada, con un nudo en la garganta.

El pitido de la máquina a la que estaba conectada me delataba. Me temía lo peor.

— Aarón...— empezó a decir mi madre— no ha tenido la misma suerte que tú.

— ¿Está... muerto?— me costó decir.

Mi madre apretó los labios y asintió.

— Murió en el acto.

Me quedé en shock, mirándola fijamente sin parpadear. Un cosquilleo en la nariz me anunciaba la llegada de un torrente de lágrimas. Contuve la respiración unos cuantos segundos, asimilando el mazazo que acababa de darme la vida.

— Dime que es una broma— silabeé lentamente sin querer creérmelo.

— Es cierto, Judith— confirmó mi padre.

— ¡No, no, no! ¡Me niego! ¡Me estáis mintiendo!— grité, tirando al suelo la mascarilla de oxígeno y dejando que mis lágrimas acamparan por todo mi rostro.

Me sorprendió no hallar la sonda pegada a mi mejilla. Me entrelacé los dedos en el cabello, desesperada. En la frente me descubrí un parche grande. Aquello no podía ser verdad. No podía. Lloré desconsoladamente.

Mis padres no pudieron hacer nada para calmarme y salieron de la habitación. Sabía que les dolía verme así pero quería estar sola. Ahora entendía mis sueños. Él estaba muerto y yo en coma. Nos habíamos encontrado en el limbo, donde la vida se separaba de la muerte. Donde yo me separé de él. Para siempre.

Golpeé el colchón sin apenas fuerzas. Me apreté los ojos lo más fuerte que pude hasta que vi fosfenos: en parte por la rabia y en parte para cortar mi llanto. Maldije al destino, a la muerte. Me maldije a mí misma por haber tenido la estúpida idea de irnos de viaje. Mis sollozos casi no me dejaban oír la máquina que seguía pitando a un ritmo acelerado.

Alguien me acarició la cabeza y me cogió de la mano apartándomela de los ojos. Era Carmen, la madre de Aarón. Se acercó y me abrazó. Lloramos así un buen rato.

— ¿Por qué? ¿Por qué él?— sollocé con la voz quebrada.

Carmen se separó de mí. Iba de luto completamente. Pascual, el padre de Aarón, estaba más alejado contemplando la escena con las lágrimas a punto de caer. También vestía de negro.

— Lo siento. Lo siento, de verdad— dije, mirándolos—. Tendría que haber sido yo y no él.

— No digas eso, cielo— me dijo Carmen sin dejar de acariciarme la cabeza como queriendo quitarme el peso de la culpa.

— Fue un accidente, Judith. Nadie tiene la culpa— se acercó Pascual, abrazando a su mujer mientras ésta se sonaba la nariz.

— Sí, sí la tiene— repuso ella, hizo una pausa y continuó—: el viejo borracho que le quitó la vida a nuestro hijo. Malnacido. Menos mal que no está vivo porque lo mataba yo con mis propias manos.

Sentí la rabia en su voz. Unas ojeras grandes y oscuras enmarcaban sus ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

Tragué saliva antes de hablar. Germán me había dicho que había estado casi un mes en coma. Aquello era de cajón pero quería saberlo...

— Supongo que ya habrá sido el entierro...— los miré y asintieron—. Ni un adiós he podido decirle— se me quebró la voz y volví a derrumbarme.

¿Por qué era tan injusto todo? ¿Qué asco de vida! ¿Ya qué sentido tendría sin él? ¿Qué pintaba yo ya en este mundo? Noté el collarín mojado bajo mi mandíbula inferior.

— Judith, escucha— levanté la vista inundada en lágrimas— rehaz tu vida, eres una muy buena chica. No te pierdas nada de lo que pueda ofrecerte esta vida, ella te ha dado una segunda oportunidad, no la desperdicies. Ya ves que se te puede ir en un segundo. Busca otro chico y sé feliz. Eso es lo único que él querría, estoy segura— hubo un largo silencio en el cual me quedé mirando el anillo mientras lo tocaba con el pulgar—. Con respecto al vestido, quédatelo. Es precioso y seguro que lo usarás cuando aparezca otro muchacho.

Ambos me abrazaron para despedirse. Alguien carraspeó en la puerta. Era Germán.

— Perdón por interrumpir pero creo que Judith tiene que descansar, ya han sido bastantes visitas y emociones por hoy— dictaminó mirando a los aparatos de mi derecha.

— Sí, doctor, nos íbamos ya— dijo Pascual.

— Nos volvemos a Toledo, querida. Lo dicho, te mereces esta nueva oportunidad. Y, hazme un favor, borra ese sentimiento de culpa. Tú has hecho a mi hijo muy feliz, eso lo sé bien. Mucha

suerte, Judith.

— Gracias— agradecí mientras me daban un beso—. Vuestro hijo era increíble, seguro que está muy orgulloso de vosotros allá donde esté. Muchas gracias por todo, de corazón— comencé a hacer pucheros pero me contuve, no quería llorar más.

Germán cerró la puerta detrás de ellos. Me limpié la cara anegada de lágrimas como pude.

— Ahora no me eches la bronca, necesitaba quitarme esa cosa— me excusé cuando vi que me miraba algo enfurecido con los brazos en jarra.

— Te dije que no te la quitaras, todavía estás convaleciente— me miró con resignación y se agachó para recoger la mascarilla—. Al menos podrías tratar el material médico mejor.

Puse los ojos en blanco. No estaba para pensar en eso. Y también estaba enfadada con él.

— Gracias por decirme lo que le había ocurrido a Aarón— dije con sarcasmo.

— Judith, ese no era mi trabajo. Eso te lo tenían que decir tus padres o tus suegros, no yo.

— Y gracias también por sedarme como si fuera una loca desquiciada.

— Te lo estabas quitando todo— me miró los brazos y el pecho comprobando que no me había quitado nada esta vez—. ¿Qué querías que hiciera? Me he jugado mi puesto de trabajo por permitir que recibieras visitas.

Miré para otro lado. Quise cambiar el tema.

— Dime qué me ha pasado— me señalé en la cabeza el enorme parche.

— Tienes una contusión craneal con conmoción cerebral por eso seguramente a veces te duela la cabeza, tengas náuseas, mareos, visión borrosa, incluso pérdida de memoria— me abrió los párpados y me apuntó con una luz, dejándome casi ciega—. También tuviste un latigazo cervical, de ahí el collarín. Quizá te golpeaste con la tapicería del coche en el impacto. Tengo entendido que tu airbag no saltó— añadió muy serio, tal vez haciendo memoria de algún informe.

Hice un esfuerzo por acordarme, pero solo recordaba el dolor. Dolor y a Aarón sobre su airbag encima del volante. Finos hilos de sangre recorriendo sus labios y sus ojos abiertos mirándome sin verme. Una visión que jamás se borrará de mi mente.

— Y tienes la pierna escayolada por la colisión frontal con el otro coche. Abolló vuestro vehículo. Afortunadamente, pudieron sacarte la pierna entre el amasijo de hierro. Tienes fracturada la tibia y el peroné. Te harán otra radiografía cuando pases a planta.

Cerré los ojos y me llevé una mano a los labios para evitar pensar y para evitar hablar. Quería preguntar algo que rondaba en mi cabeza y que prefería no imaginar. Pero, finalmente, pregunté:

— ¿Cómo sacaron a Aarón?

Germán escrutó mi rostro y mi mirada firme y decidida a querer saber aquella cuestión por muy dura que fuera. Me temía la peor respuesta de todas y mis miedos se hicieron realidad cuando cogió aire profundamente por la boca y soltó:

— Tuvieron que amputarle las piernas.

Hice un guiño de dolor y automáticamente me llevé las manos a la cara, empecé a llorar de nuevo. Los ojos ya me escocían.

Todo por mi jodida culpa. Germán me abrazó con delicadeza y me cogió de la mano mientras me secaba las lágrimas con la otra.

— Te ibas a casar con él, ¿verdad?— me preguntó mirando mi anillo.

Asentí y apreté los labios para contenerme. Germán me tendió un pañuelo y me soné la nariz congestionada por el llanto.

— Va, tranquila, Judith— decía mientras me acariciaba una mejilla con sus dedos—. También tuvimos que hacerte una transfusión, habías perdido mucha sangre hasta que llegó la UVI móvil. Tus padres no estaban aquí en el momento de tu ingreso así que tuve que hacerte un préstamo— esbozó una leve sonrisa.

— ¿Tú?— lo miré incrédula.

— Sí, soy donante y mi sangre era compatible con la tuya— asintió con orgullo—. Pero la necesito de vuelta, ¿eh?— bromeó, lográndome sacar una sonrisa áspera de mis labios.

— ¿Y mis padres?— quise saber, mirando hacia la puerta.

— Les dije que volvieran mañana. No te preocupes, se alojan en un hotel muy cercano— me tranquilizó—. Has tenido demasiadas emociones por hoy, ¿no crees?

No respondí, solo me limité a suspirar.

— Ahora, por favor, ponte esto— cogió la mascarilla.

Hizo el amago de ponérmela estirando de la goma pero me incliné hacia un lado.

— No quiero, Germán— le dije con semblante suplicante—. Respiro perfectamente bien.

— Tienes que ponértela. Te he quitado la sonda nasogástrica y te la he puesto intravenosa porque he considerado que estás bastante bien como para comer por ti misma, pero esto tienes que ponértelo sí o sí— dijo muy serio—. No me obligues a llamar a la enfermera para que te sede otra vez.

Lo miré de soslayo con mala cara y me crucé de brazos con resignación.

— Mientras estés aquí, haz lo que yo te diga— advirtió con seriedad mientras me colocaba la mascarilla y el vapor se depositaba en mi zona nasolabial—. No pienso permitir que empeores.

Se inclinó hacia mí y me besó en la frente. Se despidió guiñándome un ojo y con un suave apretón en los dedos de mi pie sano por encima de la manta.

Me tapé con la sábana hasta el collarín y luego me la restregué por toda la cara, pues la tenía un poco tirante por las lágrimas que se habían secado solas.

Y pensé. Pensé en qué habría pasado si esto no hubiera sucedido, pensé en mi futuro sin Aarón. No sé durante cuánto tiempo lloré ni cuándo me quedé dormida. Esa vez no tuve alucinaciones ni sueños. Y, tal vez, era mejor así.

II

Un par de enfermeras vinieron al mismo despertarme para mirar las máquinas y cambiarme el pañal. Me morí de vergüenza y mi estómago se quejó.

— Tengo hambre— musité.

— Tendrás que esperar a la hora de la comida. Es muy tarde para desayunar— dijo una de ellas y me tendió una gasa mojada para que me quitara las legañas y se fueron.

Dejé la gasa encima de la mesita de mi izquierda, donde estaban todas mis pertenencias. Supuse que era de día por lo que me había dicho la enfermera. En aquel habitáculo no había ni una sola ventana.

Hice un esfuerzo y alcancé mi móvil. Estaba sin batería y con la pantalla rota. Lógico después de tres semanas y un accidente de coche. Quizá ni funcionaba. Germán entró en ese instante.

— Buenos días, Judith— saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

— Buenos días, Germán— respondí por inercia.

Ninguno de los próximos días de mi vida sería ya bueno.

— ¿Cómo te encuentras?— dijo echándole un vistazo a las máquinas.

— Mejor, pero tengo hambre y sed.

— Queda poco para que sirvan la comida— comentó después de mirar su reloj de muñeca—. Les dije a las enfermeras que no te despertaran para servirte el desayuno, que te dejaran descansar. ¿Quieres que te traiga un vaso de agua mientras tanto?

— Sí, por favor— me lamí los labios con la poca saliva que me quedaba.

Germán salió y volvió al poco rato con un vaso de plástico, se sentó a mi lado y me lo acercó a la boca. Aunque podía cogerlo yo sola, me dejé mirar. Una gota resbaló barbilla abajo y él me limpió con su pulgar mientras nos mirábamos a los ojos. Fue un momento un tanto incómodo.

— Gracias— se limitó a aceptar mi agradecimiento con una sonrisa—. ¿Cuándo podré salir de aquí?

— En unos cuantos días, tenemos que asegurarnos de que estás completamente bien. Luego te llevaremos a planta. Según cómo evoluciones te darán el alta antes o después. Pero...— me miró

a mí y al móvil entre mis manos— veo que vas evolucionando bastante bien, ya estás con el móvil.

— No tiene batería. ¿Podrías dejarme un cargador?

— Cuando salgas de aquí, mientras tanto tienes que guardar reposo. Además, no se permite el uso de teléfonos móviles, podrían interferir con las máquinas— me lo quitó y lo volvió a colocar donde estaba.

Puse los ojos en blanco, no podía creerme que siguiera siendo igual de mandón. Sí, conocía a Germán muy bien en algunos aspectos. Él fue mi primer amor antes de Aarón. Estuvimos juntos unos tres años más o menos y tenía muy buenos recuerdos de él. La relación acabó muriendo por ambas partes y terminar con ella fue decisión mutua. Desde que él empezó la universidad en Madrid, no había vuelto a verlo. Solo sabía que quería ser médico pero nunca llegué a imaginar que iba a encontrármelo tan repentinamente en tales circunstancias.

Me comí la sopa y el puré de una sentada, al igual que el yogurt. Mi madre entró al poco rato de que una enfermera se llevara la bandeja vacía.

— ¿Cómo estás, cariño?— me dio un beso en un lado de la frente y me acarició la mejilla, quitándome algún resto de comida.

— Mejor, mamá. Germán me ha dicho que me llevarán a planta dentro de pocos días— sonreí.

— Eso nos ha dicho a nosotros también— me devolvió la sonrisa—. Por lo visto, que te hayas despertado después de tantas semanas y con todas tus facultades es un verdadero milagro, según él.

— No sé— me encogí de hombros y mi mirada perdida se posó sin querer en el anillo de compromiso.

Soplé apartando la vista y cerrando el puño.

— Judith— dijo mi nombre con algo de precaución— deberías quitarte el anillo, no te hace bien.

— No, mamá. No pienso quitármelo nunca— dije con rotundidad mientras una lágrima rodaba mejilla abajo.

El dolor que me había dejado su muerte era insoportable. Me sentía desgarrada por dentro y mirar aquel anillo me hacía sentir mejor. Mejor y a la vez peor porque me acordaba de Aarón. Era una sensación extraña. Me sentía segura al mirarlo. Sentía su presencia a mi lado. Me estaba volviendo loca. Esto era un golpe muy duro para mí.

Pasaron los días. Supe por una de las enfermeras que Germán pasaba más tiempo en el hospital (sobre todo en mi habitación) de lo habitual desde que yo había sido ingresada. En parte se lo agradecía, necesitaba distraerme y no pensar para no llorar. Me subió a planta en una silla de

ruedas y me cogió en brazos para acomodarme en mi nueva cama. Era el trabajo de un celador pero quiso hacerlo él. Aquella habitación era más espaciosa y en el pasillo había más movimiento. La cama de al lado estaba vacía y había un aseo al mismo entrar.

Me habían quitado el pañal, ahora se suponía que podía ir al baño aunque fuera a la pata coja. Germán salió para dejar la silla de ruedas y traerme un par de muletas que dejó apoyadas a un lado de la cama para alcanzarlas si las necesitaba.

— Tengo que irme, Judith. Mi trabajo está en la UCI, no aquí. Pero esta noche me pasaré para hacerte una visita, ¿de acuerdo?— asentí—. Ahora te van a colocar otra vez el suero intravenoso — dijo cuando entró una enfermera.

Eso fue lo que me hicieron. De nuevo la aguja en vena pero sin la dichosa mascarilla de oxígeno. Conocí a mi nuevo médico en planta, un señor muy serio y mayor que nada tenía que ver con Germán. Pidió a una enfermera que me tomara la tensión y que me trajera una bata limpia. Me hizo unas cuantas preguntas sobre mi estancia en la UCI mientras miraba unos papeles.

— Estás demasiado bien para haber salido de un coma de casi cuatro semanas— dijo con incredulidad—. Mañana una enfermera te quitará el parche de la frente para ver cómo llevas los puntos de sutura. ¿Te sigue doliendo el cuello o cervicales?

— Lo poco que esto me permite, no.

— Pues te miraremos eso también y la pierna— anotó algo en el papel y se largó.

Comí y pasé la tarde con mis padres en la habitación. Mi madre me había traído un cepillo para peinarme y hacerme una trenza. Mi pelo rizado estaba enmarañado, los estirones que el cepillo me daba era una prueba de ello. Mi padre encendió la mini televisión que había en lo alto de la pared y se sentó en una butaca.

Después, mi madre me acompañó al aseo llevando el porta suero. Cogí las muletas y empecé a aprender el manejo pues nunca había estado en una situación similar. Me miré en el espejo, fue lo primero que hice. Estaba muy fea, delgada, pálida, ojerosa y con rasguños poco visibles por toda mi cara. Hice mis necesidades mientras mi madre me traía ropa interior limpia y la bata que me había facilitado el doctor. También me trajo una cuchilla desechable que dejó en el lavabo. Me miré la pierna sin escayolar, quizá sí me iba a hacer falta la cuchilla. Me las supe apañar bien a pesar de no poder mover el cuello. Me puse la bata blanca y, automáticamente, me acordé de cuando me probé el vestido de novia. Me entraron ganas de llorar pero, inexplicablemente, me controlé. Salí del aseo con una duda en la mente.

— Mamá— la llamé mientras volvía a la cama—. El vestido de novia está donde lo guardé, ¿no?

— Sí, claro— respondió mientras me tapaba con la sábana—. ¿Qué vas a hacer con él?

— Ni idea— pensé—. De momento, dejarlo ahí.

Y recordé que mi madre y Carmen me habían pagado el vestido de novia a medias. Le devolvería su dinero. Ya jamás me casaría con su hijo.

Se despidieron. Cené sola, mi único acompañamiento fue la televisión. Fui al baño a lavarme los dientes y volví a la cama. Estuve esperando a Germán pero no llegaba y me entretuve pensando en el futuro que podría haber sido y ya no sería. Miré el anillo sin parpadear mientras le daba vueltas en mi dedo. No quería llorar.

De repente, el vello de mi brazo derecho comenzó a ponerse de punta poco a poco, bajando hasta mi mano. No era un escalofrío ni tampoco tenía frío. Me froté el brazo y desapareció. Me tapé hasta el collarín, quizá sí tenía frío y no me estaba dando cuenta. Cerré los ojos, no quería dormir, solo descansar. El murmullo del televisor cesó repentinamente. Abrí los ojos de golpe. Se había apagado sola. Me asusté mucho y más aún cuando oí golpecitos tímidos en la puerta. Ésta se abrió y apareció la cabeza de Germán.

— ¿Se puede?— preguntó.

— Sí, pasa— soplé aliviada y murmuré—: ¡joder!

— ¿Ocurre algo, Judith?— frunció el ceño—. Estabas asustada.

— La tele se ha apagado de golpe— dije y miré el mando encima de la mesa—. ¿Alguien ha muerto en esta habitación?

Germán se echó a reír pero no era gracioso, al menos para mí.

— ¿Sigues creyendo en esas cosas? Venga, Judith, que ya tenemos una edad...— meneó la cabeza metiendo sus manos en los bolsillos de su uniforme blanco—. Quizá se ha roto, es muy vieja. O quizá haya habido un cruce de señales con el mando de otra habitación.

Cerré los ojos para sacarme eso de la cabeza, a lo mejor él tenía razón.

— ¿Qué te parece si salimos a caminar por el pasillo? Quiero ver cómo te desenvuelves con las muletas— las cogió y me las tendió.

— Sí, llevo demasiado tiempo en cama.

Germán se encargó de llevar el porta suero.

— ¿Se puede saber por qué tengo que llevar este cacharro siempre a todos lados?— le pregunté, asqueada.

— Porque así te pueden meter las medicinas necesarias, todavía recuerdo que no sabes tragarte una pastilla y no creo que hayas aprendido en todo este tiempo— me sonrojé de vergüenza—. Además así se aseguran de que no te escapas— se rió.

— Ah, gracias. ¿Un segurata en la puerta? No, mejor un trozo de hierro con ruedas— dije con ironía.

Nos reímos. Necesitaba esto. Reír y no pensar. Pasamos por delante de varias habitaciones. Las enfermeras entraban y salían de ellas con rapidez. Una se dejó la puerta abierta y miré hacia el interior. Vi unas flores blancas preciosas sobre una de las mesas.

— Son preciosas— verbalicé lo que pensaba.

— ¿Las flores? ¿Te gustan esas flores?— se inclinó para echarles un vistazo.

— ¿A quién no le gustarían?— seguí caminando pasillo adelante.

— A los alérgicos, por ejemplo.

— Era una pregunta retórica. Tienes respuesta para todo, ¿eh?— fingí un enfado pero no pude evitar sonreír.

Seguimos hablando y caminando mientras alguna que otra sonrisa se nos escapaba. Llegamos al final del pasillo y volvimos sobre nuestros pasos. Me ayudó a acomodarme en mi cama al llegar a la habitación y dejó las muletas apoyadas en la mesa.

— Ya he leído por ahí que mañana te espera un día movidito— dijo mientras me tapaba.

— Sí, a ver qué tal. Ojalá me quiten todo esto ya— suspiré, desesperada.

— Será pronto, tranquila. Ahora, a dormir. Suerte y buenas noches.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la frente, después bajó quedándose muy cerca de mis labios. No podría evitarlo si intentaba hacer lo que yo creía. No podía girar el cuello. Se fue acercando más mientras yo contenía la respiración algo tensa. La televisión se encendió súbitamente. Del susto, aparté a Germán con los brazos. El mando a distancia seguía encima de la mesa. Se dirigió al televisor y lo apagó del botón. Luego se fue, apagando la luz y cerrando la puerta. Me costó conciliar el sueño después de todo aquello.

A la mañana siguiente, me despertó una enfermera rechoncha. Algo estaba haciendo con la bolsa del suero. Me dio los buenos días cuando vio que había abierto los ojos y me preguntó que si quería desayunar. Recibió una respuesta afirmativa. Me moría de hambre.

— Por cierto, muy bonitas las flores— apuntó la sanitaria.

Me incorporé y, al girarme, las vi: un puñado de rosas rojas apiladas perfectamente sobre la mesa. Me quedé con la boca abierta.

— A la paciente de la habitación de al lado justamente le han desaparecido unas cuantas de un ramo que le trajeron— añadió.

No sabía si aquello era una indirecta, si me estaba acusando de ladrona o si era simplemente

información. La miré con normalidad, con la tranquilidad que da saber que no has hecho nada.

— Me las han traído— contradije en su intento de acusación con voz tajante.

Me las habían traído, sí, pero no sabía ni cuándo ni quién.

— ¡Ah, claro! Ese médico tan guapo de UCI...— suspiró—. En fin, ¿quieres que las ponga en un vaso con agua?— se ofreció.

— Sí, por favor— respondí con voz átona, todavía sin creerme todo aquello.

Aquel suspiro había sonado a amor platónico y, aunque la mujer parecía no llegar a los cuarenta, no creía que fuera el prototipo de Germán.

Trajo la bandeja con el desayuno pocos minutos después. Entró al aseo y llenó un vaso de cristal mientras yo comenzaba a probar bocado. Colocó las rosas una por una.

— Diez flores, ¿un número especial el diez?— inquirió.

Me acordé inmediatamente. Aquella pedida de mano delante de tanta gente en aquel restaurante... Me miré el anillo y empecé a llorar débilmente. La enfermera se apresuró por salir de la habitación.

Algo en mi interior me decía que era una señal. Quizá no de Aarón pero era una increíble coincidencia. Seguí con el desayuno cuando me calmé y me puse a pensar. ¿Me había traído Germán las flores? Venían sin tarjeta y sin papel que las envolvieran, como si estuvieran recién cogidas... o robadas.

La misma enfermera apareció en cuanto me terminé la taza de leche con café y galletas.

— ¿Estás mejor?— preguntó con voz trémula.

— Sí, sí, no pasa nada.

— ¿Has terminado?— señaló con la mirada la bandeja.

— Sí, te la puedes llevar. Gracias.

Me levanté después de que se fuera. Olí las rosas, me encantaban. Fui al aseo, me hacía pis y tenía que lavarme la cara, los dientes y peinarme. Me deshice la trenza y me cogí una coleta alta. Hice tiempo en la habitación mirando por la ventana hasta que vino el médico y una enfermera con una silla de ruedas. Me explicó lo que iban a hacerme y procedieron. La mujer me quitó el parche de la frente y ambos le echaron un vistazo.

— Lo tienes casi curado, solo te falta un punto que no se ha secado del todo— me informó el médico—. Desinféctala y ponle una tirita— le ordenó a la enfermera.

Así lo hizo. Noté algo mojado en el algodón y después una pequeña presión, pegándome bien la tirita.

— Bájale la cama del todo— le volvió a decir a la enfermera y ésta tocó un botón que hizo que el respaldo bajara poco a poco y yo bajé con él hasta estar totalmente tumbada—. Te vamos a quitar el collarín. No intentes levantar el cuello ni hagas ningún movimiento que yo no te diga.

Oí el velcro despegarse y cerré los ojos. Recé porque nada me doliera. Realicé los movimientos que me decía: izquierda, derecha, arriba, abajo... Solo me dolía si los movimientos eran muy extremos y así se lo dije al médico, que optó por volvérmelo a poner un par de días más. También quería hacerme una radiografía en la pierna. Me ayudaron a bajar de la cama y sentarme en la silla de ruedas. Esta vez solo me acompañó la enfermera a radiología. Me senté donde me dijeron y salieron todos de la sala. La misma mujer me llevó de vuelta a mi habitación. Mis padres ya estaban allí, sentados en las butacas viendo la televisión, esperándome.

— ¿Cómo ha ido todo?— me preguntó mi madre mirándome el cambio del parche a la tiritita.

Estaban bien informados gracias a Germán.

— Supongo que bien. Me la han cambiado— me señalé la frente— el collarín lo tengo que llevar dos días más y la pierna no lo sé todavía. Acabo de hacerme la radiografía.

— Poco a poco vas recuperándote— me apretó el brazo cariñosamente—. ¿Quién te ha regalado esas flores tan bonitas?

— Pues... no sé— me encogí de hombros—. Supongo que Germán.

El televisor se apagó.

— Pero, ¿qué...?— se quedó mi padre de piedra.

— No pasa nada, papá— alcancé el mando de la mesa y se lo di a mi madre para que se lo diera a él—. Germán dice que es normal, a mí me pasó anoche. Enciéndela otra vez y ya.

Una hora más tarde, el médico entró con una radiografía en la mano.

— Vamos a ver, Judith...— encendió el negatoscopio que había entre las dos camas y colocó la radiografía—. Tanto tu médico de la UCI como yo estamos muy sorprendidos con la rápida recuperación que estás teniendo— dijo con cara de incredulidad—. La tibia y el peroné están prácticamente curados. Voy a quitarte la escayola y a ponerte una férula que tendrás que llevar dos semanas como mucho. Vuelvo en seguida.

Apagó el negatoscopio, cogió la radiografía y salió de la habitación. Soplé aliviada, mis padres me sonrieron.

— Ahora viene con una sierra a cortarte la pierna— intentó mi padre hacerme reír, pero lo único que consiguió fue que me acordara de cómo sacaron a Aarón del coche.

Me miré el anillo y le di una vuelta en el dedo mientras veía de reojo a mi madre dándole un codazo a mi padre. Fui al aseo a echarme agua fría en la cara, lo necesitaba para despejarme y no

pensar en cosas que me hacían daño. Me rehíce la coleta, puesto que se me había deshecho de estar acostada. Y me acordé de que no les había preguntado a mis padres por nadie de mi familia ni ellos me habían comentado nada.

— ¿Y cómo están todos por allí? No me habéis dicho nada de nadie, ¿saben que estoy bien?— traté de indagar.

Mis padres se miraron mutuamente. Algo parecían ocultar.

— Sí, todos lo saben— contestó mi padre.

— Tus amigas querían venir a verte pero cuando nos avisó Germán por teléfono, nos dijo que solo nosotros, los más allegados— añadió mi madre.

Asentí. Ojalá hubieran venido. Suspiré.

— ¿Y la abuela? ¿Está bien?

Se volvieron a mirar. Eso no me gustaba.

— ¿Le ha pasado algo?— insistí.

— No, ella está bien pero...— hizo una pausa mi madre— no le contamos lo que te pasó porque sabíamos que querría venirse con nosotros y no está en condiciones.

Por lo que yo conocía a mi abuela, a sus nietos nos quería mucho. Se volvía loca si a alguno nos pasaba algo.

— Y se ha enfadado con vosotros, ¿verdad?— adiviné.

Mi abuela tenía mucho carácter, había que tener tacto con ella.

— No nos habla, ¿te lo puedes creer?— dijo mi madre, ofendida.

— Pero, ¿habéis hablado con ella? ¿Le habéis explicado el porqué no podía venir?

— Parece mentira que no conozcas a tu abuela— soltó mi padre.

Tenía razón. También era terca como una mula.

— Solo nos dijo que cuando volvieras, fueras a verla.

— Sí, iré y veré qué puedo hacer...

Mediar en conflictos familiares no era mi fuerte pero podría intentarlo. El médico volvió con una mini sierra, una hoja de papel y una cosa negra que dejó en la otra cama.

— Túmbate. Necesito que te estés quieta.

Asentí. Puso en marcha la mini sierra. Por el ruido que hacía sí que me podía cortar la pierna. Empezó a cortar escayola. Me tapé la cara con las manos en cuanto me acordé de que había estado un mes y algo sin depilarme. Una vez cortado, me lo quitó y pude ver el resultado: mi pierna

estaba blanquecina, con moratones, trozos de escayola pegados y algún que otro pelo. Incluso, parecía más delgada que la otra.

Una enfermera entró en ese instante con un recipiente que llenó en el aseo y una esponja. Me limpió la pierna con sumo cuidado y me colocó la férula.

— Mueve los dedos— hice lo que me dijo—. ¿Te duele?

— No— negué con verdadero alivio.

— Toma, haz estos ejercicios todos los días sin la férula— me tendió una hoja con estiramientos—. Y sigue usando las muletas. Si notas alguna molestia, me lo haces saber— cogió la escayola y se fue.

Me sentí algo más libre. Moví otra vez los dedos, los notaba raros. Cada vez veía más cerca mi total recuperación y mi salida del hospital. Seguí hablando con mis padres hasta la hora de cenar. El coche en el que viajábamos Aarón y yo había quedado siniestro total y las pertenencias que él llevaba encima se las habían llevado sus padres cuando vinieron a visitarme.

Cené despacio. No tenía que esperar a nadie. Germán no había aparecido en todo el día y podía adivinar porqué. Quizá estaba arrepentido o avergonzado por lo que pasó anoche. O quizá tenía mucho trabajo en la UCI.

En cuanto la enfermera se llevó la bandeja, me fui al aseo muleta en mano y porta suero actuando como la otra muleta. Lo dejé pegado a la pared, hice mis necesidades y me lavé los dientes. Traté de no pensar, de tener la mente ocupada pero aquello era superior a mí. Lloré sobre el lavabo no sé cuánto tiempo. Me lavé la cara con agua fría y me miré en el espejo. Di un grito descomunal cuando vi una figura translúcida mirándome a través de él. Me giré de inmediato, chocando con la pared. Pero ya no había nada. Me dejé resbalar por los azulejos y me senté en el suelo. Volví a llorar, se parecía tanto a Aarón... Me estaba volviendo completamente loca.

Me levanté como pude después de un buen rato intentando asimilar lo que acababa de ver, cogí la muleta y el porta suero y me tumbé en la cama. Intenté dormir pero no podía. Tenía en la retina la imagen que había visto en el espejo. No sabía cómo describirlo. Era algo etéreo, intangible y a la vez una figura definida lo suficiente como para reconocer a Aarón. Porque, ahora que lo pensaba y estaba más tranquila, sí, era él. Seguramente era mi subconsciente que quería verlo. Hacía tiempo que no soñaba con él y lo echaba de menos. Cómo me gustaría darle un abrazo, un beso... Cerré los ojos y me lo imaginé. Llamaron a la puerta justo en ese instante.

— ¿Puedo pasar?— oí la voz de Germán.

— ¿Contraseña?— bromeé a pesar de mi estado.

— ¿Lo siento?— probó, acercándose—. Por lo de anoche, quiero decir.

— No pasa nada, Germán, de verdad— dije queriendo zanjar el tema.

— No debería haberlo hecho, ni siquiera haberlo pensado. Estás en una situación delicada, todo es muy reciente. Lo siento. Soy un imbécil.

— Tienes razón— me miró mal—. En lo de la situación— aclaré—. Pero no tienes porqué hablar así. Hiciste lo que sentiste, no te arrepientas de nada de lo que te pida el corazón porque eso es lo que le da sentido a la vida.

— Sigues siendo un encanto de persona— sonrió con un timbre de añoranza en la voz—. Entonces, ¿no estás enfadada conmigo?

— No, pero solo porque me has traído estas flores tan bonitas, ¿eh?— vi que las miró con cara extraña—. Porque me las has traído tú, ¿no?

— Sí, sí, claro— asintió con ímpetu—. ¿Te gustan?

— Me encantan. Muchas gracias, Germán— extendí los brazos para darle un abrazo.

Me incorporé y nos abrazamos muy fuerte. Necesitaba un abrazo de él o de quien fuera. Cerré los ojos. Era tan reconfortante que alguien te abrazara de vez en cuando que no sabía porqué no lo hacían deporte nacional. Nos separamos de golpe, sobresaltados, cuando oímos algo estrellarse contra el suelo. El vaso de cristal se había roto, el agua estaba desparramada y las flores, tiradas.

— ¿Ves lo que te digo, Germán?— levanté la voz, aterrada—. No quiero dormir esta noche aquí, por favor. Solicita mi cambio de habitación, te lo ruego.

— Tranquila, Judith— se levantó y miró todo con detenimiento—. Quizá se ha deslizado sin querer.

— Sí, o en la habitación de al lado se les han caído y por influjo divino éstas también— dije con una profunda ironía, recordándole su explicación con lo de la televisión.

— Bueno, cálmate. Aquí no hay espíritus, si es adonde que quieres llegar— espetó con un ápice de enfado en el tono—. Voy a limpiar esto.

Fue al aseo a coger papel higiénico para secar el suelo. Recogió las flores y los trozos de cristal y los dejó encima de la mesa.

— No te ha pasado nada esta noche, ¿verdad?

— No, pero de todas maneras, no quiero pasar otra noche aquí— insistí.

— Judith, no te va a pasar nada— dijo muy seriamente, mirándome a los ojos.

— Quédate conmigo esta noche, por favor— le rogué.

— Esta noche no puedo, pero te prometo que mañana por la noche me tienes durmiendo en esa butaca— señaló una de ellas.

— Vale— me conformé de mala gana.

Se fue, dejándome a oscuras y sin darme ningún beso de buenas noches. No le conté nada de lo que vi a través del espejo, no quería que me tomara por una demente. Lo que estaba claro era que él no me había traído las flores. Lo vi en su cara y su reacción.

Me desperté de medio lado, con algo rozándome la nariz. Era una de las flores, estaba en el respaldo de la camilla. ¿Cómo había llegado hasta allí? Dejé la flor con las otras mientras la misma enfermera de ayer se acercaba.

— ¡Buenos días! ¿Qué ha pasado aquí?— se quedó mirando al porta suero.

Me incorporé y miré en la misma dirección. No sabía a qué se refería pero luego me di cuenta. Se me había salido la aguja de la vena mientras dormía.

— Habrás dormido bien, no te has enterado de que se te ha salido— dijo mientras me la volvía a poner.

— La verdad es que no— reconocí.

— ¿Y las flores?

— Se cayó el vaso, ¿no podrías traerme otro? Pero esta vez de plástico, por favor.

Me trajo el desayuno y me lo tomé mientras cavilaba sobre todos los sucesos extraños que habían pasado. Quizá era una secuela que me había dejado el accidente. Me di un golpe fuerte y tuve una conmoción cerebral. Tal vez mi mente se lo estaba imaginando todo. Pero me recuperaría. Solo me quedaban unos cuantos días de ingreso hospitalario. El volver a casa se me haría más difícil. Volver a ver su ropa en el armario, sus bártulos de aseo en el cuarto de baño, acostarme en nuestra cama pero ya sin él. Todo ya sin él.

La enfermera volvió a colocar las flores en un vaso grande de plástico.

— Espero que no las tires más— dije en voz baja en cuanto se fue.

No sabía lo que hacía. Estaba delirando completamente. Una sensación rara me recorrió el cuero cabelludo de la parte trasera de la cabeza. Noté la piel de gallina pero no tenía frío. No sabía lo que era, ésta era la segunda vez que me pasaba. Fui al aseo muy centrada en hacer rápido lo que tenía que hacer sin mirar el espejo.

Después de comer, hice mis ejercicios como me había indicado el doctor, sin la férula. Mis padres estaban allí conmigo atentos a todos los movimientos que hacía. Cuando se fueron me dediqué a mirar el anillo, a darle vueltas en mi dedo y a sacármelo de él mientras contenía las lágrimas con un cosquilleo en la nariz. Era una tremenda locura pensar que Aarón quería comunicarse conmigo y, más aún, sentir su presencia. Quizá eso era lo que yo quería creerme para sentirme más segura y llenar un vacío sentimental. Mi cerebro no aceptaba que él estaba muerto.

Ni mi cerebro ni yo.

La enfermera entró un par de veces para comprobar que todo estaba bien y no necesitaba nada. Por lo demás, el día transcurrió con normalidad. Por la noche, fiel a su promesa, Germán apareció para quedarse a dormir. Lo vi muy raro con ropa de vestir y no con su uniforme blanco.

— Entonces, ¿mañana te quitan el collarín?— preguntó después de un rato de charla.

— Supuestamente— respondí con una sonrisa nerviosa.

Quería quitarme esta cosa ya y poder girar el cuello sin impedimentos.

— Por cierto, te he traído algo que me pediste hace tiempo.

No sabía a qué se refería. Me quedé intrigada mirándole mientras sacaba un cable negro de una mochila que había traído.

— Un cargador para tu móvil— se levantó y lo puso en un enchufe.

Bajé mi pierna buena al suelo y me quedé apoyada en la cama. Cogí mi móvil de la mesa y se lo di para que lo conectara.

— Muchas gracias, Germán.

— ¿Te pasa algo?— preguntó de repente.

— No, nada.

Bajé la mirada para observar el anillo y ocultar mi tristeza pero él me puso un dedo bajo la barbilla mientras buscaba el contacto visual. Terminé por mirarle.

— Lo echas de menos, ¿verdad?— preguntó con un hilo de voz.

No pude responder, me eché a llorar. ¡Qué difícil estaba siendo todo! Germán se acercó más, chasqueó su lengua y me abrazó. Me calmó aquel abrazo, me hizo sentirme mejor, más segura, menos débil. Era uno de esos abrazos reconfortantes en los que la otra persona no tiene prisa por separarse de ti, en los que te abrazan tan fuerte que te reconstruyen por dentro, sosteniendo todos los trozos en los que se ha convertido tu corazón. Esos eran los mejores.

— Gracias— fue lo único que pude articular.

— ¿Mejor?— me preguntó cuando nos separamos mientras me secaba las lágrimas con sus manos.

Asentí, obligándome a parar de llorar.

— No me llores más, preciosa mía...— empezó a canturrear muy bajito.

Nos reímos. Sabía cómo sacarme una sonrisa.

— Mejor me callo si no quiero que llueva— soltó una carcajada que seguí y me acerqué a mi móvil.

Funcionaba. Tenía llamadas perdidas y mensajes de WhatsApp de mi jefe, de mis compañeros de trabajo, de mis amigas, de mis padres, de mis suegros... Todo el mundo se había preocupado por mí. Al día siguiente me encargaría de llamarlos a todos.

Germán se acomodó en la butaca que encajonó en el reducido espacio entre la camilla y la pared. Apagó la luz y con la linterna de su móvil volvió a la butaca.

— Buenas noches— me besó la frente.

Le susurré lo mismo un poco temerosa de que volviera a intentar algo aprovechando la oscuridad. Pero no lo hizo. Me giré hacia el lado contrario con cuidado de no sacarme otra vez la aguja y me dejé llevar a través del hilo del sueño.

III

Me desperté un instante justo cuando empezaba a entrar por la ventana un poco de luz. Giré el cuello, lo justo para ver a Germán durmiendo plácidamente y para comprobar que lo que atrapaba mi mano izquierda era su mano. Saqué la mía de debajo y la puse en mi regazo, volviéndome a dormir en seguida.

— Buenos días, princesa— me despertó Germán con un beso en la mejilla poco después.

— Buenos días. ¿'La vida es bella'?— pregunté, queriendo quitarle la connotación romántica haciendo referencia a la película.

— Muy bella— sonrió con cierto aire de optimismo—. O muy cabrona cuando tienes que madrugar tanto para ir a trabajar. Esta noche volveré— me guiñó un ojo y se fue.

Desayuné y me aseo. Volví a la cama pensando en nada. Nada en concreto y todo a la vez. Esperé a que fuera una hora normal para empezar a llamar a alguien. A la primera persona que llamé, aprovechando que no estaban mis padres, fue a mi abuela. La llamada apenas dio dos tonos.

— ¿Abuela?

— ¿Judith?— oí en su voz un tono de esperanza.

— Sí, soy yo— contesté.

— ¡Ay, hija mía! ¡Cuánto tiempo! Pensaba que ya no te iba a volver a ver— conforme hablaba se notaba que estaba empezando a llorar.

— Estoy bien, abuela, tranquila. Pronto me verás. Cuando me den el alta, iré a verte.

— Sí, por favor, ven— se empezó a calmar.

— ¿Cómo estáis todos por ahí?— quise saber.

— Bien, todos preocupados por ti.

— Lo sé, imagino— suspiré, dejando un silencio—. Bueno abuela, tengo que colgar.

— Recupérate pronto, Judith. Y no te olvides de venir.

— No, descuida. Adiós.

Colgué. No quería hablar más para no tener que tratar con ella por teléfono aquel tema que

tenía a mis padres tan mal. Busqué en la guía de contactos a la próxima persona: mi jefe. Recé en mi mente.

— ¿Judith?— preguntó al otro lado de la línea antes de que pudiera decir nada.

— Sí, Antonio, soy yo— le confirmé.

— Al fin das señales de vida, mujer. ¿Cómo estás? Tus padres me dijeron que habías tenido un accidente de tráfico y estabas en coma.

— Sí, pero ya estoy bien. Sigo en el hospital, no sé cuándo me darán el alta.

— No te preocupes, tómate tu tiempo. Metí a una chica para cubrir tu puesto pero es una inepta. Ahora no puedo echarla hasta Semana Santa— oí un golpe y teclear.

— ¿Entonces voy a volver?— crucé los dedos.

— ¡Por supuesto! Tu puesto sigue esperándote, mientras tanto recupérate del todo y vuelve con las pilas cargadas. Te necesitamos— dijo con la complicidad que nos teníamos.

A pesar de ser mi jefe, Antonio también era un amigo y ya me había hecho saber en muchas ocasiones que yo era una de sus mejores trabajadoras. Y eso me lo había ganado a pulso.

— Por cierto, Judith, lo siento por tu novio— dijo con tono apesadumbrado.

— Gracias— respondí en el mismo tono—. Dale recuerdos a todos de mi parte— me despedí y colgué.

Me miré el anillo, suspiré y lo besé cerrando los ojos. Cuánto me hubiera gustado darle ese beso a él y no a un trozo de plata. Sacudí la cabeza, obligándome a dejar de pensar en eso. Tenía que continuar con mi vida por muy duro que fuese.

Llamé a mis amigas. Estuve un buen rato hablando con todas, contándoles hasta el más mínimo detalle. Les dije que me había encontrado con Germán: todas reaccionaron con precaución. Se enteraron de la poca suerte que había tenido Aarón, me dieron el pésame. Se preocuparon por mi estado de salud y por mi estado anímico, sabían que perder de forma tan trágica a mi novio con el que estaba a punto de casarme suponía un trago fuerte y duro de superar. Por eso les preocupaba el hecho de que Germán volviera a mi vida, porque podía refugiarme y volcar en él todos los sentimientos que quedaban dentro de mí hacia Aarón. Como si fuera un sustituto de él. Les quité la preocupación de un plumazo, no estaba para enamorarme de nuevo. No tenía pensado volver a hacerlo. Sí, admitía que Germán seguía siendo atractivo y que aún me acordaba de los momentos que habíamos vivido juntos pero había reaparecido en un momento complicado, en el momento menos indicado.

Comí y me eché la siesta. El médico no había venido por la mañana a quitarme el collarín y supuse que vendría por la tarde. Para cuando me desperté, mis padres ya estaban en la habitación

con la tele al volumen mínimo para no despertarme. Efectivamente, el médico vino pasadas las seis. Me quitó el collarín y volví a hacer los ejercicios del cuello, ya no me dolía nada. Resoplé de puro alivio.

El doctor volvería al día siguiente para hacerme un chequeo completo. Si todo salía bien, me daría el alta en un par de días. Y yo lo estaba deseando. Había hecho un mes y medio en el hospital y, aunque solo había estado consciente poco más de una semana, ya estaba cansada de aquel lugar.

La noche cayó demasiado rápido para mí. Me había entretenido en hablar con mis padres de mi abuela. Me dijeron que habían podido avanzar algo en su relación con ella mediante uno de mis tíos pero que seguía siendo reacia a un acercamiento o disculpa. No sabía cómo diablos iba a arreglar yo sola esto pero lo iba a hacer.

Germán volvió, quejándose de lo mal que había dormido en la butaca.

— Lo siento, no hace falta que te quedes más.

— ¿Ya has comprobado que no hay fantasmas?— dijo con un deje de burla en su voz.

— Sí, ya— me tapé la cara, avergonzada de mi actitud casi infantil.

En realidad no lo había comprobado. Que no hubiera pasado nada en las últimas horas no significaba ausencia total de espíritus. Aún seguía teniendo en mi memoria lo que había visto en el espejo del aseo. Pero, ¿para qué decirlo? ¿Para que cuando saliera de aquí me llevaran a psiquiatría? Quizá era una legaña dentro del ojo y mi imaginación se encargó del resto. Una opción que no había barajado. Por lo visto, mi mente seguía sin aceptar la realidad, seguía sin hacerse a la idea de que él ya no estaba en este mundo.

Me quedé hablando con Germán hasta tarde. Recordamos viejos tiempos, los compañeros que teníamos en el instituto y lo que sabíamos de cada uno, la mayoría ya tenía hijos.

— ¿Y tú?— le pregunté con curiosidad.

— ¿Yo?— soltó una carcajada—. Lo primero es encontrar una chica, luego ya veremos.

— ¿No tienes novia? No te creo, Germán— me sorprendió aquello.

— Créeme que lo intento pero no hay manera— sonrió, forzosamente—. A todas las chicas que conozco les falta algo.

— Eso es normal. Pero tienes que ver solo lo que tienen, no lo que les falta. Ninguna mujer es perfecta— le aconsejé.

—Sí— dijo mientras se miraba las manos, algo nervioso—. Tú lo eras— hubo un silencio súper incómodo— y creo que lo sigues siendo.

Me sonrojé, aunque no podía verme la cara, pude sentirlo bajo mis mejillas.

— Yo tampoco, Germán. No exageres. Encontrarás a una chica completa, ya lo verás— le animé, desviando su atención de mí.

—Ya, bueno...— dijo cabizbajo, levantándose de la butaca—. Lo siento. Me alegro de que te hayan quitado el collarín, ya te queda menos aquí. Buenas noches.

Se marchó apresuradamente. Ni si quiera me dio tiempo a responderle. De todas formas, no tenía nada que decir. Veía en sus ojos que sus sentimientos hacia mi aún estaban vivos. Pero no podía ser. Esto tenía que hablarlo con él sin que saliera corriendo. Y lo hice a la noche siguiente, al finalizar aquel día de pruebas y reconocimientos. Después de tantear el terreno durante unos minutos y tener bajo control el ambiente, actué.

— ¿Qué te pasó anoche, Germán? Te fuiste muy rápido y me dijiste lo siento, ¿por qué?

Sopló, evitando mi mirada y guardando un silencio crucial en el que supuse que estaba buscando las palabras adecuadas.

— Porque me puse un poco tonto— hizo una pausa, esperando a que dijera algo pero no abrí la boca porque no sabía a qué se refería—. No tiene importancia, olvídalo— hizo un vago gesto con la mano.

— No, no lo olvido— me incorporé para poder mirarlo mejor—. ¿A qué te refieres con que te pusiste un poco tonto?

— Por lo que te dije, no quiero que te sientas incómoda por los temas que saco o por lo que digo. Sé que estás en un momento muy delicado y no quiero estorbar— me explicó.

— ¿Por qué ibas a estorbar?— fruncí el ceño.

— Porque para enamorarte de una persona, primero tienes que olvidar a otra.

Aparté la vista mientras pensaba. ¿Aarón me estorbaba para enamorarme de él? ¿O era al revés?

— ¿Te molesto yo? ¿Por eso no consigues enamorarte de otra?

— No lo llamaría así pero puede ser— meneó la cabeza.

— Pues lo siento, no quería molestarte.

— No molestas. Solo que...— se quedó pensativo, mirándome— no quiero enamorarme de otra.

Me cogió la mano y la acarició. Aquello se estaba pasando de castaño a oscuro. Tenía que ir de frente y dejar de evadir el tema.

— Germán, yo... voy a serte sincera— aparté mi mano de la suya—. No quiero que me malinterpretes pero yo ahora mismo no puedo pensar en enamorarme de otro chico. Quizá dentro

de un tiempo, no sé...— me aventuré demasiado—. No quiero darte falsas esperanzas, a lo mejor nunca vuelvo a tener pareja, quién sabe. Espero que me entiendas.

— Sí, sí, claro, por supuesto— asintió repetidas veces—. Perdóname, en serio. Lo último que quiero es presionarte.

— Ni lo hagas porque sabes que bajo presión lo mando todo a la mierda y eso te puede incluir a ti— le recordé.

— Lo sé, te conozco y es lo más lógico. Te aseguro que no se va a volver a repetir— prometió cabizbajo.

No quise tratar más aquel asunto así que decidí cambiar de tema.

— Mañana quizá reciba el alta.

— Eso tengo entendido— dijo, muy seco.

— ¿No te gusta la idea?

— No, no es eso— negó y se miró las manos—. Es simplemente... que ahora que hemos retomado esta relación de amistad, no me gustaría perderla.

— Eso no va a pasar, Germán. A mí también me gustaría mantener el contacto contigo— le sonreí.

Me acarició el brazo, no se atrevió a nada más.

— ¿Vendrás a despedirte de mí?

— Te lo prometo— me sonrió, sin un ápice de alegría en sus ojos.

Y con esa promesa me fui a dormir. No terminé de creerle del todo, sabía que si yo estaba en su punto de mira no se iba a rendir tan fácilmente pero al menos intentaría pararle los pies. Tampoco le hacía gracia mi salida del hospital, él pensaba que nuestro contacto terminaría aquí por mucho que yo me empeñara en decirle lo contrario. Se había portado genial conmigo, me visitaba todas las noches. Era un buen médico, de eso no me cabía ninguna duda. Aquella noche tardé en conciliar el sueño, el ansia de querer que amaneciera era superior a mí. Hice un esfuerzo por cerrar los ojos y caí.

— Ya estás casi recuperada— oí la voz de Aarón antes de que apareciera delante de mis ojos.

— ¡Aarón!— grité y me abracé a él.

Me besó en cuanto nos separamos.

— Cuídate, Judith.

— Te amo— le besé.

— Yo también te amo.

Me acarició la cara y me estremecí bajo su mano. Me volvió a besar, sintiendo una sensación rara en mis labios. Abrí los ojos, para entonces él ya no estaba. Y lloré.

Me desperté con la cara mojada y me sobresalté. Una cosa blancuzca parecida a la niebla se disipó delante de mí. Aquello pareció tener forma humana. Parpadeé muchas veces y me quité las legañas con el corazón en la boca.

Después de desayunar, apareció el médico para quitarme la tirita y mirar si ya estaba curada la brecha. Y lo estaba. Me dijo que se me iba a quedar la marca pero nada que un poco de maquillaje no arreglara.

Fui al aseo. Me miré en el espejo con menos miedo. La señal del accidente en mi frente se veía a simple vista. Un recuerdo eterno de lo que nunca debió suceder.

El médico volvió por la tarde, cuando ya estaban mis padres en la habitación. Me dijo que los resultados del chequeo habían salido favorables, que ya no había necesidad de quedarme allí por más tiempo. Me dio el visto bueno para salir aquella misma tarde de allí.

— Ánimo— me frotó el hombro con una sonrisa y salió.

Me estiré en la camilla ya sin el suero intravenoso atravesándome la piel. Por fin. Por fin era libre. Quería volver ya a Toledo, tenía demasiadas cosas que hacer.

Mi padre subió mi maleta, la que iba en el maletero aquel fatídico día. Estaba algo abollada pero por lo demás seguía intacta. Rebusqué en ella un vestido de algodón calentito, unas medias negras y la bota del pie derecho. Me metí al baño cojeando, pasaba de las muletas para dar dos pasos. Me quité la bata deprisa y de mala manera. Me aseé ya sin miedo de mirar al espejo. Mi cara había mejorado considerablemente por el simple hecho de que me quedaban apenas unos minutos dentro del edificio. Me senté en el retrete y, con el pie apoyado en el bidet, me quité la férula y la dejé apoyada en él. Me puse las medias y me levanté para ajustármelas de la cintura. Hice una comprobación. Apoyé el pie izquierdo y caminé. Todavía me dolía un poco así que levanté el pie y la férula voló hasta debajo del lavabo. Retrocedí, asustada. Con el corazón a mil me agaché para cogerla. Allí había algo o, mejor dicho, alguien. No estaba loca. Me la volví a ajustar y a calzarme el único pie que podía apoyar.

Mi madre llamó a la puerta. Quería que me maquillara un poco. Ya hasta se me había olvidado cómo hacerlo. Me puse un poco de polvos, me ricé las pestañas, me puse rímel y me hice una trenza a un lado. Oí que Germán había entrado a la habitación y hablaba con mis padres mientras yo recogía todo. Me miré al espejo y me humedecí los labios. Automáticamente me acordé de la frase que decían mis amigas cada dos por tres; una mujer ha de llevar siempre en su bolso dos cosas: preservativos y un buen pintalabios rojo pasión. Y eso me faltaba a mí pero sin tanta pasión. Me los pinté sin apenas marcar y luego lo difuminé con un dedo. Salí del aseo con el

neceser y la bata a la pata coja. Germán se rió de mis saltos de rana hasta que le di un puñetazo flojo en hombro. Guardé el bolso de aseo y algo más en la maleta antes de cerrarla. Mis padres salieron con ella al pasillo, dejándome a solas con mi antiguo médico.

— ¡Qué guapa estás!— dijo, sorprendido, mirándome de arriba abajo.

— Ya ves, una que mejora sin bata y con un poco de maquillaje— me sonrojé.

— Y sin maquillaje— dijo más bajo sin apartar la vista y se aclaró la garganta para hablar con normalidad—. Te he traído algo que te va a hacer falta.

Se echó la mano al bolsillo trasero de su pantalón y me tendió una caja rectangular, una medicina.

— Es una especie de crema para las cicatrices. Le hablé a mi hermana de ti, de lo que te había ocurrido y ella también te quiso ayudar. Era de ella, la usaba hasta hace poco en su cicatriz de cesárea.

— Pues que se la quede, yo me compraré otra— se la di de vuelta.

— No, dice que ya no la va a usar más y créeme que se le ha ido gran parte de la cicatriz. Insisto— dijo mientras empujaba mi mano hacia mí.

— Bueno, dale las gracias de mi parte. A ver si esto me hace un milagro a mí también. ¡Y enhorabuena, tío Germán! No sabía que tu hermana estaba embarazada.

Nos reímos. Pero teníamos que despedirnos ya.

— Espero que esto sea un hasta pronto— dijo, apartándome un mechón que se me acababa de salir de la trenza.

— Lo es— dije, un poco incómoda.

— Dame tu número y te llamo cuando vaya a Toledo— sacó su móvil y le dicté mi número—. Lo más probable es que vaya para Semana Santa. Me encantaría ver tu piso.

— Cuando quieras, estás invitado— sonreí cortésmente—. Apunta también mi fijo, por si acaso— se lo di también—. Bueno, espero tu llamada.

— Descuida— sonrió y me dio un abrazo y dos besos.

Cogí las muletas y, con la crema en el bolsillo del vestido, salí de la habitación de aquel hospital del que pensé que nunca iba a salir.

Mi padre tenía su Audi en la misma puerta del hospital. Colocó mi maleta en el maletero y, en cuanto nos pusimos los cinturones, nos alejamos de allí no sin antes mirar la fachada de aquel edificio tan imponente en el que perdí la mitad de mi vida y recuperé la otra mitad.

Llegamos a Toledo antes de que anocheciera. Mis padres me llevaron a casa y me

acompañaron hasta la puerta. Abrí con ganas y a la vez sin ellas porque sabía que iba a pasar lo que efectivamente pasó. La primera brisa de bienvenida que recibí fue el perfume de Aarón. Tragué saliva, apreté los dientes y crucé el pasillo hasta el salón. Miré a mi alrededor: una foto nuestra en el mueble del televisor, la libreta que usamos de borrador para el viaje en la mesa y un bolígrafo encima. Todo estaba como cuando nos fuimos hace más de un mes.

Mis padres dejaron la maleta en mi cuarto y se fueron. Querían quedarse a cenar para hacerme compañía y que pasase menos tiempo sola pero les dije que no, que iba a estar bien. Eché el pestillo y volví al salón. Me dejé caer en el sofá e inconscientemente mis ojos se posaron en nuestra foto. Me derrumbé por completo. Me dio un ataque de ansiedad que supe controlar al rato, cuando ya no me salían las lágrimas. Sentía rabia e impotencia hacia aquel borracho que por su culpa había muerto un chico joven. Golpeé un cojín pero eso no me hizo sentirme mejor. De la mesita de café que había entre el sofá y la televisión, se cayó algo. Me arrastré hasta el borde del sofá y vi un paquete de pañuelos en el suelo. Me soné la nariz y cogí la libreta y el bolígrafo para escribir su nombre y un corazón en una de las hojas del final. Cené y deshice mi maleta. Encontré la crema que me había dado Germán y me eché una gota que froté en la cicatriz después de desmaquillarme.

Antes de acostarme, puse en agua algo que me traje del hospital.

IV

Tenía planeados mis dos siguientes días. Primero iría al cementerio y al siguiente día a visitar a mi abuela. Aquella noche pasé frío. Me levanté de madrugada para comprobar que todas las ventanas estaban cerradas y echarme una manta más en la cama. Pronto se hizo de día. Tenía demasiado sueño, apenas había podido dormir. Me di la vuelta, mi brazo derecho se extendió esperando notar su cuerpo, esperando un beso de buenos días. Rodé hasta su parte de la cama, quedándome boca abajo. Inspiré el olor de su almohada. Olía a él. Suspiré y cerré los ojos intentando evitar otro desplome. Aquella vez solo se me escaparon un par de lágrimas.

Mi madre me llamó cuando estaba desayunando. Llamaba para preguntar si quería que me llevaran al cementerio pero les dije que no. Al colgar, llamé a una de mis amigas que sabía que estaba disponible por las mañanas.

— ¿En serio no quieres que te acompañe?— preguntó mientras sacaba la llave del contacto.

— No, quiero ir sola, Olga— le dije muy segura—. Espérame aquí.

Abrí la puerta del copiloto, me eché a los hombros la mochila y salí del vehículo con las muletas.

— Sabes dónde está, ¿no?

— Supongo que al fondo, donde están los nichos nuevos.

Asintió con una media sonrisa, dándome ánimos con la mirada. Cerré la puerta y me encaminé a la entrada. El vigilante estaba frente a su garita hablando con un hombre. Me miró de arriba abajo pero no me dijo nada. Entré y enfilé el camino principal. Nichos, tumbas, cadáveres, flores, familiares... ¡Qué mal rollo me daba este lugar!

Avancé con paso rápido mientras me concienciaba de lo que estaba a punto de ver. Llegué al fondo y empecé a buscarle. Se me puso la piel de gallina al ver a un niño de apenas siete años. Gente mayor, joven, demasiado joven. La muerte no perdonaba, no daba tregua, daba igual la edad, el sexo, la raza o la posición económica. Y pensar que yo podría estar ahí... Se me puso el vello de punta.

Lo vi al fin: Aarón Ráez Moreno, 15/6/1985 – 19/2/2015, 29 años. Gran parte del mármol

estaba tapado por flores. Miré su foto en una esquina: la de su dni. Salía guapísimo con esa pedazo de sonrisa que me había enamorado. En su epitafio rezaba: “tu familia, tus amigos y tu novia no te olvidan. Te queremos”. Lo más sencillo que había. Él no quería cosas complejas, decía que era tontería porque no lo podría ver. Me acordaba tantas veces de él al cabo del día... Me senté en el suelo pues su lápida era la primera, la que estaba más abajo. Me daba igual si se me manchaba la ropa negra de tierra. Acaricié las letras en relieve a la vez que las lágrimas me hacían cosquillas en la cara.

— ¿Por qué te has ido tan pronto? ¡No era tu momento, joder! No lo era, Aarón...

Apoyé mi espalda en el mármol mientras trataba de calmarme. Abrí la mochila y saqué lo que había traído para él. Ya estaban un poco mustias pero aun así le coloqué las rosas del hospital.

— Sé que fuiste tú— dije, acariciando las flores—. No sé cómo pero cuéntalas, hay diez. ¡Diez! Justo los años que llevábamos juntos. Me estoy volviendo loca, ¿verdad?

Quien me viera hablando sola, sí pensaría que lo estaba. Saqué de la mochila un trapo. Me di por vencida en mi intento de parar de llorar. Limpié la lápida por todos los rincones y le di un beso al mármol. También le pegué en una esquina una pegatina de un corazón.

— Te amo, Aarón. Te echo muchísimo de menos, esto se me está haciendo insoportable— acaricié el nicho como si fuera su piel—. ¿Ves esto?— alcé mi mano derecha—. Es el anillo que me regalaste, no pienso quitármelo nunca— lo besé—. Íbamos a casarnos, íbamos a hacernos viejos juntos... pero es más fácil morir y no aguantarme todos esos años, ¿eh?

Solté una risa amarga para después llorar con más intensidad. Me acurruqué en la lápida con mi cara apoyada en ella mientras mil pensamientos se arremolinaban en mi cabeza. Perdí la noción del tiempo. Mi amiga fue a buscarme. Me encontró muy mal, en el suelo y con otro ataque de ansiedad. Me levantó y me dio las muletas, ella llevó la mochila. No sé cómo logré llegar al coche, estaba hecha polvo. Me ayudó a sentarme, abrió la mochila y me dio agua mientras me abanicaba.

— Respira, Judith, cálmate— me decía, apartándome el pelo de la cara.

Respiré hondo, cerrando los ojos. Se me pasó al poco rato.

— No ha sido buena idea, Judith— dijo mi amiga en el camino de vuelta.

— Tenía y quería hacerlo— le contesté tajante.

— Lo sé— hizo una pausa—. Bueno, ya está, ya ha pasado.

Me dejó en la puerta de casa y subí. Me tiré en el sofá al mismo entrar. Tenía que parar con esto, evitar pensar, dejar los recuerdos a un lado, empezar una nueva vida. No podía seguir así porque sino algún día me daría algo. Me hice una coleta alta frente al espejo del aseo, decidida a

no dejar que esto me venciera. Pero al llegar la noche volví a caer. Su olor en las sábanas me podía. Seguía haciendo frío. Me levanté de la cama y me dirigí al salón. Miré el termostato: doce grados. No era normal. La calefacción estaba encendida durante todo el día. Aun así encendí en mi cuarto un radiador adicional. Me dormí en cuanto lo apagué.

Desayuné tranquilamente en la cocina a la mañana siguiente y, después de hacerme la cama y arreglarme, salí hacia casa de mi abuela. Tardé bastante en llegar pues estaba muy lejos y había demasiadas cuestas. Y con muletas todo era el doble de difícil. Llegué a la puerta jadeando y toqué al timbre. Mi abuela se sorprendió al verme, tardó un par de segundos en reaccionar. Me abrazó muy fuerte y me dio muchos besos. Besos de abuela, de los que sonaban mucho. Me hizo pasar y me acomodé en el sofá con la pierna de la férula por encima, estirada. Me trajo un vaso de agua que me bebí de un trago y me trajo otro sin que se lo pidiera.

— ¿Cómo estás, hija?— preguntó mientras se sentaba en el otro extremo del sofá con dificultad.

— Bien, solo me queda recuperarme de la pierna— la señalé.

— Menudo susto nos has dado— asentí con pesar, imaginándomelo.

— Son cosas que pasan, podría haber sido peor...

— Ya, ya me enteré de lo que le pasó al muchacho... Una lástima, tan joven...

Suspiró, y yo con ella. Se refería a Aarón.

— Fui al entierro, había mucha gente: sus amigos, su familia, tus padres, todos nosotros, familia por parte de tu padre, tus amigas...

Asentí, no me esperaba menos. Ojalá hubiera estado ahí para despedirme de él a través del cristal. Pero no, yo en esos momentos estaba debatiéndome entre la vida y la muerte.

— Hablando de mis padres... ¿Qué ha pasado con ellos?— decidí ir directa al grano.

Mi abuela miró para otro sitio, fingiendo no haberme escuchado. Esperé.

— Abuela, respóndeme— insistí, firmemente.

— No me avisaron de lo que te había pasado. Me enteré por la esuela de tu novio en el periódico que compra todas las mañanas tu tío. Y como me dijiste que os ibais de viaje... Se fueron después del entierro al hospital sin decirme nada— se quedó pensativa—. Bueno sí, me dijeron que estabas bien. Me mintieron porque no quería que me fuera con ellos. Me juego el cuello.

Le evité la mirada. Aquello era cierto.

— Me han dicho que no les hablas, no creo que sea para tanto, abuela— dije, intentado mitigar su enfado.

— Sí, sí lo es— dijo con obstinación—. Yo también tenía derecho a saber qué te pasaba.

— Lo sé pero no estás en condiciones de viajar tantas horas, abuela.

Traté de convencerla pero su testarudez era más grande que mis ganas de doblegarla. Me levanté con ímpetu del sofá cuando se me ocurrió la idea de fingir un enfado.

— No tendría que haber salido del coma. Total, para ver estos enfados tan tontos, hubiera preferido morirme— la miré de reojo y sonreí en mi fuero interno al ver que se encogía en el sofá.

— No digas...

— Sí, abuela, sí lo digo, porque es una tontería más grande que una catedral— le interrumpí—. Ellos lo hicieron por tu bien y no eres capaz de verlo. Me voy. Cuando de verdad comprendas sus motivos, los llamas— me agaché para darle un beso en la mejilla y salí de su casa.

Bajé la pendiente embalada. Con el paripé de fingir un enfado, se me había puesto mala sangre. Al final de la cuesta, una anciana tomaba el sol sentada en los escalones de la puerta de su casa.

— ¡Hermosa!

Me di la vuelta por si me decía a mí. No había nadie más en la calle.

— Ven, acércate.

Se puso la mano a modo de visera. El pelo largo y blanco le caía a ambos lados de los hombros.

— Dígame, ¿necesita algo?— me acerqué con prudencia.

No sabía porqué pero me daba respeto y algo de miedo.

— En realidad, lo necesitas tú.

Me miré y pensé. ¿Qué necesitaba? Pero cuando fui a hablar, se me adelantó.

— Necesitas saber algo— dijo en tono misterioso—. Alguien va contigo.

Miré detrás de mí. Seguía sin haber nadie. Volví a mirar a la mujer, esperando una risotada o algo parecido pero no movió ni un solo músculo de su cara.

— ¿Perdone?

— Llevas a alguien a tu lado allá donde vas.

— Que tenga un buen día— me despedí.

Me di media vuelta y me fui. No estaba para chorradas.

Llegué a casa agotada, me bebí media botella de agua. Una vez ya más tranquila, elucubré sobre lo que me había sucedido con aquella mujer. ¿Y si fuera verdad? ¿Y si tenía un espíritu pegado a mí? Me quedé muy quieta con los ojos fuera de las órbitas. El espíritu del hospital...

Sacudí la cabeza, apartando todas las idioteces que se me venían a la mente.

— Los espíritus no existen— me repetí varias veces a mí misma como un mantra.

Comí y me quedé dormida en el sofá sin querer. Al despertar, cogí el móvil para ver la hora. Eran casi las seis y tenía un par de llamadas perdidas de mis padres. Se lo cogí a mi madre cuando me volvía a llamar.

— Dime, mamá— contesté con la voz ronca.

— Judith, ¿estás bien?— preguntó con preocupación.

— Sí, ¿qué pasa?

— Germán te ha llamado unas cuantas veces y no se lo has cogido, creíamos que te había pasado algo...

Pensé, estaba atontada porque me acababa de levantar. Hice un esfuerzo por recordar. Las únicas llamadas perdidas que tenía en el móvil eran las de mis padres.

— ¿Cómo sabes que ha intentado llamarme? ¿Has hablado con él?— indagué.

— Sí, me ha llamado hace un rato preocupado. Lleva desde que nos fuimos intentando comunicarse contigo— me explicó.

— No tengo llamadas perdidas de él. Es raro... Por cierto, he ido esta mañana a ver a la abuela y... no creo haber solucionado nada. Lo volveré a intentar otro día. No os ha llamado, ¿verdad?

— No, aquí no ha llamado nadie— contestó muy seca.

— Vale, pues voy a esperar a que me vuelva a llamar Germán.

Nos despedimos y colgué. Busqué el listado de llamadas perdidas: no tenía ningún número extraño ni ninguna llamada perdida que no fueran las de mis padres. Y, encima, tenía el modo silencio activado cuando yo nunca lo ponía así. Mi móvil estaba para el arrastre desde el accidente. Iría a una tienda algún día de esos a que me repararan la pantalla rota y le echaran un vistazo general. Me levanté del sofá un poco mareada por la rapidez del movimiento y oí un leve pitido ininterrumpido. El auricular del teléfono fijo descansaba sobre el suelo, descolgado. ¿Qué había pasado?

A los pocos minutos, recibí una llamada entrante. Un número que no tenía registrado en la agenda. Pero cuando fui a descolgar, se me apagó de golpe. Era la batería, no me lo podía creer. Tenía más de la mitad, era imposible. No había tocado el móvil en toda la mañana. Alucinaba con la tecnología. Lo enchufé al cargador y me olvidé de él.

Llamaron al telefonillo de casa y contesté. Era la madre de Aarón y su hermana. Me habían avisado por mensaje que vendrían para llevarse las pertenencias de Aarón puesto que yo no

quería quedarme con nada de él. No podía.

Les abrí y las esperé con la puerta abierta. Venían acompañadas con la sobrina de Aarón, Julia, y con la maleta que él llevaba en el viaje a Andorra. Las hice pasar. Alba me dio un fuerte abrazo en cuanto me vio. Nos dimos el pésame mutuamente y me preguntó que cómo estaba. Le respondí lo más sincera que pude: estaba fatal.

Julia se quedó en el salón y Carmen y Alba me acompañaron a la habitación. Pusieron la maleta sobre la cama, de ella sacaron una bolsa con una caja y les abrí la parte de su armario. Yo no había querido abrirlo antes, quería evitar otro choque emocional al ver toda su ropa perfectamente colocada. Hablamos sobre lo difícil que era el día a día sin él, la ausencia que me creaba en cualquier momento del día mientras guardaban su ropa en la maleta. Al terminar, ambas se miraron antes de dirigirse a mí.

— Ten, esto es para ti— me dieron la caja que habían sacado de la maleta.

— ¿Qué es?— pregunté antes de abrirla.

— Ábrela— se limitó a decir Carmen.

La abrí. Al percatarme de lo que era, no pude aceptarla.

— Son los zapatos de novia que te habíamos comprado las dos antes de lo ocurrido. Era un regalo para ti y, aunque al final no los vayas a usar, estoy segura de que algún día lo harás— se emocionó Alba y me dio un abrazo.

— Acéptalos, son muy bonitos— insistió Carmen.

— Sí, son preciosos— los miré detenidamente.

Las lágrimas comenzaron a hacer acto de presencia en mis ojos.

— Aun así no puedo aceptarlos. Es más...— me acerqué a mi mesita de noche y cogí unos cuantos billetes de los grandes, poniéndolos encima de la caja de zapatos—. Todo esto es vuestro.

— Ni hablar— habló Carmen—. Si eso es por el vestido, no lo acepto. De ninguna manera.

— Judith, necesitas el dinero. No tienes trabajo ni está mi hermano— trató de convencerme Alba—. Los zapatos no se pueden devolver, así que quedatelos también.

Las miré no muy convencida todavía, sopesando aquella situación.

— Siempre puedes invitarnos a la boda cuando te cases— añadió mi cuñada.

Apreté los labios algo emocionada y asentí. Me abrazaron y me dieron dos besos. Me despedí de ellas y de la pequeña Julia, que esperaba que se acordara de su tío tanto como nosotras.

Al llegar la noche, volvió a bajar la temperatura drásticamente.

— ¡Qué frío hace en este piso!— dije, tiritando.

Notaba una sensación rara en el ambiente a parte del frío. No sabría describirla. Miré la temperatura en el termostato y fui a mi habitación a por la manta y el radiador. Lo encendí en el salón y me puse a ver la televisión hasta quedarme dormida.

Me desperté de sopetón. El sonido de un disparo proveniente de la televisión fue el culpable. Me había quedado dormida con la tele encendida. El apagado automático, por lo visto, no había funcionado.

Tenía cosas que hacer pero no tenía ánimo de nada. Seguí dándole vueltas en mi cabeza a lo que me había pasado al salir de casa de mi abuela. La anciana había conseguido acojonarme de verdad.

Opté por quedarme en mi piso. Aprovecharía el día para hacer limpieza general. Abrí las ventanas para que se ventilara todo mientras me daba un baño de agua caliente.

Salí de la bañera. El vapor se había hecho el dueño del aseo, empañando el espejo por completo. Para mi asombro, vi delante de mis narices cómo se dibujaba un corazón grande en el centro. Retrocedí, golpeándome la parte trasera de las piernas con la bañera. Por casi me caí dentro. Empecé a sofocarme y a hiperventilar. Estaba muerta de miedo.

— ¿Quién eres? ¿Qué quieres?— grité con un ápice de histeria en la voz.

La ropa limpia que tenía encima del lavabo se cayó al suelo.

— ¿Qui... quieres que me vista?— tartamudeé y esperé respuesta pero no pasó nada más—. De acuerdo...— susurré para mí, tratando de apaciguarme.

Me vestí y me volví a colocar la férula.

— Los espíritus no existen— volví a repetirme en voz baja, controlando mi respiración antes de salir del baño.

Esto era de locos, en serio. Hablaba sola no sabía con qué exactamente pero estaba claro que algo tenía en casa. Por lo visto, no quería hacerme daño. Si hubiera querido, me habría matado ya. Empecé a creer en la anciana de ayer. Salí al salón con mucho miedo, mirando a mi alrededor esperando ver algo que realmente no sabía si podía ver.

Las cortinas del salón se movían suavemente empujadas por el aire. Di un brinco cuando la puerta de mi dormitorio se cerró estrepitosamente. Corrí hacia el centro del salón planeando algún tipo de plan de escape hacia la puerta si la cosa empeoraba.

— Al menos podrías decirme quién eres o qué quieres— dije tratando de plantarle cara a lo que sea que estaba allí conmigo.

Las hojas de la libreta que seguía encima de la mesa de café empezaron a volar, pasando violentamente. Me acerqué para cerrar la ventana pero al hacerlo, las hojas cesaron su

movimiento dejando a la vista lo que había dibujado el primer día que volví del hospital: Aarón y un corazón. Me quedé paralizada con la respiración contenida durante unos segundos. Cogí la libreta, acariciando el dibujo mientras me sentaba en el sofá. Me quedé en shock, no podía parpadear.

— ¿Aarón?

Las lágrimas empezaron a brotarme. Mis sentimientos en aquel momento eran una mezcla de miedo, escepticismo y esperanza. Jamás me había sentido así, era raro. Traté de no martirizarme aunque cada día que pasaba desde que desperté del coma me pareció que estaba peor de la cabeza. Pero esto ya no eran imaginaciones mías, no podían serlo. Todo era muy real aunque no recibiera respuestas a mis preguntas.

Mi móvil sonó en ese momento, provocándome un leve susto, y descolgué al número desconocido.

— ¿Diga?

Nadie contestó al otro lado. Escuché algo.

— ¿Hola?— lo volví a intentar.

— ¿Judith?— dijo Germán, entrecortadamente.

Me fui hacia el pasillo.

— Germán, ¿me oyes?

— Ahora sí— hizo una pausa y siguió—: te he estado llamando todos estos días pero no me lo has cogido. Pensaba que te había ocurrido algo.

— Perdona, mi móvil no funciona muy bien desde el accidente. Me lo dijo mi madre pero no tenía llamadas perdidas tuyas así que no pude contactarte contigo.

Aquello era cierto pero también en parte era excusa porque podría haber pedido su número a mi madre.

— Tu móvil no me acepta— bromeó.

Nos reímos. Y se me ocurrió una idea.

— Oye, voy a llevarlo a reparar el lunes, ¿por qué no te doy mi correo electrónico y me dices algo por ahí? Queda algo más de una semana para Semana Santa, no creo que lo tengan arreglado tan pronto.

— Vale, sí. Espera que coja papel y boli— esperé unos segundos—. Dime.

Le di mi e-mail. Se lo tuve que repetir porque la cobertura se iba.

— O también puedes buscarme por las redes sociales y enviarme un mensaje por ahí— le di

más opciones.

— Vale, sí, no te preocupes. Tendrás noticias mías. No te librarás de mí tan fácilmente— terminó con un tono picarón que me dio miedo.

— Vale, adiós— colgué antes de que pudiera contestar.

Mis intenciones con él no eran las mismas que las tuyas conmigo y aquello me asustaba. No quería malos entendidos ni que se imaginara cosas que no eran. Pero le pondría los puntos sobre las íes otra vez si hiciera falta.

Limpié el piso entero tal y como me había propuesto. Pasé la aspiradora, el plumero, hice mi cama y limpié el baño. Me sobresalté al oír la minicadena con la música a todo volumen. Quien estuviera conmigo la había encendido. Intenté hacerme a la idea de que era un espíritu bueno y pacifista, por lo menos no me había atacado aunque eso no mitigaba mi temor. No sabía con certeza si era Aarón o no. Y tenía miedo, mucho miedo. Al día siguiente iría a ver a esa mujer tan misteriosa para que me dijera algo más y me ayudara a liberarme de esta entidad. Lo tenía decidido.

La consecuencia de la visita a mi abuela no se prolongó mucho tiempo más. Habló con mis padres y todo se solucionó así que ya no había que hacer ningún otro intento. No sabía si aquella victoria me correspondía en cierta parte a mí pero me alegraba.

Pasé la tarde como pude. Quería salir de casa, tenía miedo. Pero fuera a donde fuera este ente me seguiría a todas partes. Resignada, me entretuve con el portátil hasta casi media noche. Lo apagué cuando el sueño venció al miedo.

V

Me levanté muy temprano pues no sabía cuánto iba a durar la charla con aquella anciana. Volví a subir las cuestas con las muletas. Fue agotador. Me paré en la puerta y, tratando de calmar mi respiración y mis nervios, llamé al timbre. No sabía exactamente qué le iba a decir pero algo se me ocurriría sobre la marcha. La mujer tardó varios minutos en abrir la puerta.

— Hola, buenos días. Quería...— empecé a decir pero me cortó.

— ¡Ah! Vosotros otra vez, pasad— se apartó de la puerta apoyada en su bastón.

Me había reconocido, era buena señal. Entré con recelo, mirando todo a mi alrededor e ignorando aquel plural que me ponía los pelos de punta. Entré en una sala sumida en una penumbra casi absoluta. Vi muchas fotos, la mayoría en blanco y negro; vi pósters de vírgenes y de Jesucristo; cruces; algún que otro rosario y montones de velas por doquier. La mujer, que iba de luto como yo, volvió con un vaso de agua.

— Toma, las cuestas son muy traicioneras— me tendió el vaso con un poco de temblor en el pulso.

Lo cogí y bebí un pequeño sorbo, el suficiente como para comprobar que no contenía nada más que agua. Desconfiaba totalmente.

— Pero tomad asiento, no os quedéis ahí de pie— señaló el sofá mientras ella se sentaba en un sillón.

Ese plural y el lugar me producían escalofríos. Me senté despacio, con desconfianza. El sofá crujió bajo mi trasero.

— Bien, y ¿qué os trae por aquí?— me miró y a algo que estaba a mi lado.

Miré a mi derecha como ella pero no vi nada. Me humedecí los labios, estaba muy nerviosa.

— Necesito... me gustaría saber qué es lo que tengo a mi lado— miré de reojo a mi derecha.

La vela que había encima de la mesa se apagó. Me asusté y la mujer lo notó.

— No digas qué, sino quién— me reprendió.

Sacó una caja de cerillas y volvió a encender la vela mascullando algo que no pude entender.

— Bueno, quién— corregí—. ¿Quién es? A mí nunca me había pasado esto.

La mujer me observó detenidamente muy callada.

— ¿Se te acaba de morir alguien recientemente? Vas de luto— señaló mi ropa.

— Sí— asentí, apretando los labios con pesar.

Hizo un gesto de manera ostensible, como queriendo decir que ahí estaba la respuesta a mi pregunta.

— Tienes a alguien que es nuevo en el mundo de los muertos— el vaivén de la luz de la vela provocaba sombras en su cara que hacían estremecerme—. Tiene demasiada energía, no sabe controlarla todavía.

Se calló de repente y cerró los ojos. Tragué saliva, cagada de miedo.

— Es un hombre. Estáis demasiado conectados, no quiere dejarte sola— abrió los ojos súbitamente.

— ¿Podría ser algún abuelo?— pregunté sin pensar, aunque mi mente me decía claramente que se trataba de Aarón.

— No— dijo antes de que pudiera recular—. Es un alma joven.

Aarón. Fue el único nombre que me vino a la cabeza. Pero, ¿podría ser verdad? Yo no es que no creyera en estas cosas del más allá, me mantenía neutral con tendencia a creer. Siempre había dicho que iba a creer totalmente cuando viera o me pasara algo. Y aquí tenía la prueba.

— ¿No puede decirme nada más?— pregunté después de un rato en silencio.

— No— negó, moviendo la cabeza de un lado a otro—. No quiere hablar conmigo, ni siquiera me dice su nombre. Quiere marcharse de aquí.

Las llamas de las velas comenzaron a oscilar, jugando con el cambio de luces y sombras de la estancia. Bebí agua, necesitaba sacar algo en claro de esto.

— ¿Podría describírmelo?

Miró hacia el otro lado de la habitación donde estaban las velas. ¿Lo estaría viendo de verdad? Yo no veía nada por más que me empeñara. ¿Y si esto solo era un truco? De igual manera, iba a llegar al final.

— Alto, moreno, delgado, con barba, pelo corto y muy guapo— hizo una breve pausa en la que tragué saliva y continuó—: lleva unos pantalones vaqueros, una camiseta negra y unas deportivas blancas de marca.

Juntó las manos sobre el regazo aguardando mi reacción que no se hizo esperar. Era él. Lo había descrito. Su físico, su ropa. La misma ropa con la que murió. Me llevé las manos a la boca

abierta, se me saltaron las lágrimas. Estaba alucinando completamente.

— ¿No hay forma de que cruce al otro lado?— pregunté cuando me repuse de la impresión.

Algo sabía del tema por las películas. Sabía que si las almas se quedaban en este mundo era porque aún no se habían ido del todo, algo les quedaba pendiente por hacer. Él siempre me decía que lo único que quería era verme feliz aunque también teníamos pendiente un viaje a Andorra.

Las llamas volvieron a oscilar con más rapidez hasta que se fueron apagando, zona por zona, dejando la sala en una oscuridad total.

— Tranquila, muchacha— oí la voz de la anciana al otro lado de la mesa—. No te muevas.

Me quedé muy quieta. Un cosquilleo incómodo me recorrió la mano. La aparté, cruzándome de brazos. Encendió la vela de la mesa y miró al otro extremo de la sala pero rápidamente su vista se quedó fija en un punto por encima de mí.

— Es inútil, no puedes hacer nada— esta vez no hablaba conmigo—. Eres muy novel y no tienes la suficiente energía para mover a una persona.

¿Me había intentado coger de la mano para levantarme? Mi móvil vibró. Lo busqué en el bolso, se me había quedado sin batería. ¿Se lo había tomado como un desafío? ¿Por esa razón se me acababa tan pronto la batería del móvil? La anciana centró de nuevo su mirada en mí.

— Está muy nervioso, quiere irse cuanto antes— me apremió.

— Pues que se espere porque todavía no he acabado— dije, mirando a la nada con cierto aire de enfado—. ¿Absorben energía?

— Así es. La pueden coger de aparatos electrónicos, baterías, pilas o incluso de ti. Si te sientes más cansada de lo habitual ya sabes porqué— me explicó.

— Y, ¿para qué?— pregunté con inquietud.

— La utilizan para mover objetos, manifestarse, incluso para hablar, pero el oído humano común no lo puede captar— dijo la anciana, dándose a valer como si ella no fuera común.

— Ahora respóndame a la pregunta de antes. ¿Qué hago para que cruce al otro lado?— me senté en el borde del sofá, obligándome a permanecer atenta.

— Si sigue aquí es por algo. Algo tiene pendiente por hacer— se quedó pensativa y el gesto le cambió—. O quizá sea contigo. Veo... veo que tiene un lazo afectivo muy grande contigo. Tiene un halo de protección hacia a ti. No se quiere separar de tu lado. ¿Es tu hermano mayor?

— No, soy hija única— dije con tristeza en la voz—. Creo que es... es mi novio.

Una muleta se cayó al suelo. La mujer torció el gesto. Algo había dicho que no le había gustado a Aarón. Cogí la muleta con la mano derecha y entonces comprendí.

—Era mi prometido, íbamos a casarnos— acerqué el dorso de mi mano a la luz de la vela para que viera el anillo.

— Lo siento mucho, muchacha— apretó los finos labios y cambió de tema—. No sé qué le queda pendiente por hacer, no me lo quiere decir. Intenta pensar o hablar con él para que te lo diga. Quizá él te pueda escribir algo en un papel. No puedo ayudarte más.

— De acuerdo— expulsé el aire con fuerza por mi nariz y me levanté.

— Intenta controlarlo, todavía no sabe cómo manejarse en ese mundo. Ten paciencia con él.

La anciana se levantó con cuidado agarrándose al bastón y me acompañó hacia la salida gracias a una linterna.

— Gracias por todo, señora— me despedí.

Salí trastornada de allí. Parecía irreal lo que acababa de pasar. No me podía creer todavía que, a pesar de todo lo que había ocurrido dentro de esa casa, tuviera el espíritu de Aarón pegado a mí. Entonces entendí todo. Entendí porqué se apagaba y encendía la televisión del hospital, porqué se cayó el vaso de cristal con las flores, porqué se caían las cosas, entendí las apariciones y quién me había llevado las rosas. Me quedé anonadada. Todo eso lo había hecho él. Y yo pensando que estaba loca...

De vuelta a casa me devané los sesos buscando una manera de comunicarme con él. Tenía que ser algo que yo pudiera leer porque escucharlo no podía. No se me ocurrió nada hasta que pensé en un juego de mesa. Entré en un bazar chino y encontré lo que quería. Compré unas cinco bolsas iguales del mismo producto y me fui a casa. En el rellano de la planta baja, me encontré a la vecina que vivía allí: una señora muy mayor que apenas podía mantenerse en pie pero que salía todos los días.

— ¡Buenos días, Consuelo! ¿Qué tal está?— elevé el tono, estaba un poco sorda.

— Ahí voy, como siempre— cerró la puerta de su casa y se acercó—. Me enteré de lo que le pasó a tu chico. Una pena. Era un encanto.

— Ya, lo sé— miré el anillo sin saber qué más decir.

— No me quiero imaginar lo mal que lo estás pasando, muchacha, pero la vida sigue— puso una mano en mi antebrazo y lo apretó, dándome ánimo.

Nos despedimos y subí al ascensor. Me llevaba muy bien con esa mujer, nos habíamos hecho muchos favores de vecinas. Apreté el botón de mi planta y miré el contenido de la bolsa que llevaba en mi mano.

— Espero que esto funcione— susurré para mí.

Levanté la cabeza y lo vi por una milésima de segundo reflejado en el espejo. Reaccioné tarde

puesto que había sido muy rápido.

— ¡No vuelvas a hacer eso, me vas a matar de un susto!— traté de calmar mi pulso—. Claro, como te has comido la batería del móvil, tienes energía de sobra, ¿verdad?

Entré en mi piso y abrí las bolsas, esparciendo su contenido por la mesita de café. Eran pequeñas letras de colores para niños pequeños.

— Ahora utiliza tu energía para algo útil— señalé las cientos de piezas, sentada en el sofá.

Todas se apartaron hacia los bordes, dejando en el centro un amplio espacio donde comenzaron a colocarse las letras una por una.

‘TE ECHO DE MENOS’

Me llevé una mano a la boca, asombrada de que aquello diera resultado.

— Yo también, Aarón— se me saltaron las lágrimas—. Lo siento, de verdad. No debimos hacer ese viaje.

‘NO LLORES, TRANQUILA’

Las piezas se disiparon enseguida.

‘PASÓ LO QUE TENÍA QUE PASAR’

Me levanté del sofá muy afligida. El sentimiento de culpa jamás se iría, eso lo sabía bien. Ahora tenía que convivir con el fantasma de Aarón. No sabía qué me dolía más: que se fuera del todo o saber que estaba ahí y que no podía verlo ni tocarlo. Era todo tan pero tan irreal...

Puse el móvil a cargar y me hice la comida. Al terminar de recoger y fregar, alguien llamó al telefonillo. Eran mis amigas. Fui corriendo al aseo a arreglarme el maquillaje, se me había corrido el rímel al llorar. Llamaron al timbre, estaban ya ahí.

— Revuelve las letras, que parezca que ha jugado un niño— ordené a Aarón en tono muy bajo—. Y ni se te ocurra hacer nada.

Oí las piezas a mi espalda y abrí la puerta. Bea y Yoli se lanzaron a mi cuello, muy contentas de verme sana y salva. Olga ya me había visto, ella fue la que me llevó al cementerio. Aún así también me abrazó muy fuerte. Entraron al salón y vieron el desorden de piezas en la mesa de café.

— ¿Ahora haces tus propias sopas de letras?— preguntó Yoli, haciéndose la graciosa.

Sabían lo mucho que me gustaba ese pasatiempo pero ya tenía mi excusa bien pensada.

— No— me reí—. Esta mañana ha venido Alba, la hermana de Aarón, a llevarse sus pertenencias y ha traído a su hija. Le he sacado para jugar lo primero que he encontrado por ahí mientras sacábamos las cosas de Aarón. No me ha dado tiempo a recoger. ¿Queréis un café?

Mentí demasiado bien, no hicieron más preguntas. Aceptaron mi propuesta y fui a la cocina a preparar la sobremesa. El cajón de los cubiertos se abrió de golpe haciendo que sonara estrepitosamente el metal. Cogí cuatro cucharillas y saqué el café y el azúcar. Mientras calentaba leche y agua, un vaso impactó contra el suelo desde el armario de encima del fregadero.

— ¡Shhh!— siseé—. ¡No me ayudes!

— Judith, ¿necesitas ayuda?— preguntó Bea desde el salón.

— No, puedo sola. Pero alguien tiene que venir a por la bandeja— contesté y bajé el tono—. ¡Estate quieto!

Recogí los vidrios mientras Bea salía de la cocina bandeja en mano.

— ¿Te encuentras bien, Judith?— me preguntó en cuanto nos sentamos a la mesa.

— Sí, estoy bien— contesté con seguridad.

No sabía si aquello era cierto del todo. Físicamente estaba bien pero mentalmente no, por la muerte de Aarón y su regreso a este mundo. Tenía claro que no iba a contárselo a nadie, no podía. Quería mantener mi cordura frente a todos.

— ¿Seguro?— insistió Olga—. La última vez que te vi estabas fatal.

— Ya, pero ahora estoy mejor, no os preocupéis.

Y quizá era cierto. El tener a Aarón de manera incorpórea mitigaba en cierto grado mi dolor.

Mis amigas no dejaron de preocuparse por mí en toda la Semana Santa. Me quité la férula, ya podía apoyar el pie y caminar. Fue raro volver a andar sobre dos piernas.

Fui al hospital, no sabía si tenía que devolver las muletas y la férula pero aun así dije que no necesitaba ya nada de eso y se lo quedaron todo. Y ya que estaba allí solicité la tarjeta de donante de sangre. Tuve que hacerme un reconocimiento médico y responder un cuestionario sobre mis antecedentes sanitarios. Pero la pude conseguir. Necesitaba sentirme realizada, pensar que gracias a mí alguien se podía salvar. Mi experiencia en aquel accidente me había hecho darme cuenta de muchas cosas y ésa era una de ellas.

Durante esos días estuve totalmente incomunicada. Se estropeó la línea telefónica de mi casa, mi ordenador portátil y mi móvil. Nada funcionaba aunque lo conectara a la luz.

Me quedaba hasta tarde hablando con Aarón. No sabía de dónde sacaba la energía para poder mover las letras. Nuestro edificio era grande al igual que los que teníamos en las manzanas de alrededor. Quizá la sacaba de algún vecino. Le dije que fuera prudente, que no tocara nada. No quería que levantara sospechas. Descubrimos que las veces que se me ponía el vello de punta era porque él me estaba tocando y que sentía mareos, náuseas y malestar general cuando su cuerpo intangible chocaba con el mío. Sentía su energía y su presencia en cierto modo.

Uno de esos días, fui a comer a casa de mis padres y aproveché para llamar a Germán desde el móvil de mi madre.

— Dime, Charo— respondió con esa voz tan grave suya.

¿Charo? ¿Tuteaba a mi madre? Se me ocurrió una broma.

— Para ti soy Rosario, jovencito— bromeé, imitando la voz de mi madre y aguantando la risa.

— ¿Judith?— adivinó, medio riéndose.

Solté una risotada, no pude controlarme más.

— Sí, soy yo. ¿Qué tal?— dije cuando paré de reír.

— Bien, ¿y tú?

—Bien. Me he quitado la férula hace unos cuantos días— le informé—. Ya no me duele nada.

— Me alegro mucho por ti— hizo una pausa y continuó, cambiando de tema—: he tratado de localizarte mediante llamadas y mensajes pero no me has respondido a nada.

— Ya, aunque te parezca increíble, se me ha jodido toda forma de comunicación posible. Se me ha estropeado todo— le expliqué—. Por eso te llamo desde este móvil.

— Ya es mala suerte... Bueno, yo estoy en Toledo desde hace dos días, podríamos quedar ya y te ahorras otra llamada.

— ¿Te parece bien un café mañana después de comer?

Aceptó la invitación y le di mi dirección. La llamada se cortó justo a tiempo. La batería. Me enfadé. Sabía lo que significaba eso. Eso y todo lo demás.

Llegué a casa hecha una furia. Cerré de un portazo y tiré el bolso al suelo. Esto ya había sobrepasado todos los límites.

— ¡Ahora sé por qué te lo has cargado todo, no querías que viera a Germán!— grité, dando vueltas por el salón—. Mi móvil, mi portátil, la línea telefónica... ¡Todo a la mierda! No quiero más ataques de celos, Aarón. Germán y yo no somos nada. ¡Nada! ¿Me entiendes? Y si lo somos algún día, ¿qué? Tengo derecho a rehacer mi vida con quien me apetezca. ¡Tú estás muerto! ¿Te estás enterando?— terminé preguntando porque no vi ninguna contestación por su parte.

Fui al aseo a echarme agua fría en la cara y hacerme una coleta para tranquilizarme. Cuando volví, en el centro de la mesa del salón ponía: 'LO SIENTO'. No entendía qué le pasaba. No lo reconocía. Jamás había sido así de posesivo y celoso. Me fui a la cama pasando olímpicamente de la frase pero no podía dormir. Había sido demasiado dura con él.

— Lo siento por hablarte así, Aarón.

La sábana subió hasta mi hombro y sentí un leve cosquilleo en una mejilla.

Me levanté tarde con la de cosas que tenía que hacer antes de que llegara Germán... Menos mal que Aarón tenía sentimiento de culpa y me ayudó a hacer las tareas domésticas. Para ello tuve que bajar todas las persianas, los vecinos de enfrente hubieran flipado bastante viendo una cama haciéndose sola.

Germán vino justo después de comer, traía un labrador con él.

— Es Sultán— dijo después de saludarnos—. No muerde.

Lo acaricié con desconfianza y los invité a entrar. Pero el perro no quería. Germán lo intentó de todas las formas posibles pero Sultán no cedía. Ladraba y emitía sonidos lastimeros. Entonces caí: típica familia recién mudada a una casa vieja con perro y éste no quiere entrar. Película de terror con espíritus de regalo. ¿Se suponía que los animales los podían ver?

— Escucha, vámonos a dar una vuelta por ahí. Ya verás mi piso en otra ocasión.

Y eso hicimos pero la otra ocasión no llegó. Él se fue al día siguiente a Zaragoza para volver a trabajar. Yo, por mi parte, empecé a trabajar el martes después de Semana Santa. Mis compañeros de oficina me recibieron con un gran aplauso, algunos hasta se acercaron a preguntarme cómo estaba y a darme el pésame por lo ocurrido.

Por la tarde recorrí establecimientos para arreglar el estropicio que Aarón había provocado con las telecomunicaciones. Aprendió a controlar su energía y a usarla en cosas más productivas como ayudarme en las tareas del hogar. Dejó de sabotearme en mis intentos de comunicarme con Germán. En el fondo, él sabía que tenía que hacer mi vida sin él. Y eso le dolía. Nos dolía.

VI

A últimos de abril ya tenía todo solucionado con las comunicaciones. Mi padre me consiguió un coche barato de segunda mano y me lo compré sin pensármelo.

Fui unas cuantas veces al cementerio a visitar la tumba de Aarón para llevarle rosas. Ese tipo de flores se había convertido en nuestro símbolo. Era irónico que sus huesos estuvieran ahí quietos, convirtiéndose en polvo y su alma conmigo, inquieta. Habíamos estrechado lazos aún más si cabía. Cada uno en su mundo, cada uno en su dimensión. Hacíamos un buen equipo. Delante de la gente, yo me esforzaba en aparentar normalidad y él, en no llamar la atención. Ya hasta se me había ido de la cabeza la idea de que cruzara al otro lado. Me sentía medianamente bien con él, aunque fuera de esa forma tan extraña.

También le hice unos cuantos favores a Consuelo, mi vecina mayor del bajo. Todos los sábados por la mañana me daba un papel con lo que tenía que comprarle y dinero de sobra. Al volver, me decía que me quedara con el dinero sobrante pero yo siempre se lo rechazaba.

Cerca del último día del mes de mayo, Aarón llamó mi atención tirando contra la televisión una de las piezas que él usaba para comunicarse y subió el volumen. Las noticias anunciaban un desfile para el día de Castilla-La Mancha que se celebraría en el centro de la ciudad.

— ¿Quieres que vayamos?— le pregunté sorprendida.

‘SÍ’, respondió con las letras un poco torcidas.

Y fuimos. No tenía muy claro si a los espíritus había que ponerles el cinturón de seguridad. Aparqué lejos del centro, no había ni un solo hueco más cerca.

Vi el desfile en primera fila, apoyada en una de las vallas amarillas que delimitaban el espectáculo. Básicamente, la gente que participaba iba con trajes típicos de cada uno de los rincones de la Comunidad Autónoma. Los cohetes se oían a lo lejos junto con las canciones también típicas que acompañaban a las carrozas. El sol de la tarde me daba de lleno en la cara. Se escondió en mitad del acto.

En ese momento vi a un hombre con una niña rubia llorando desconsoladamente. El hombre caminaba deprisa siempre pegado a la valla. Seguramente, la pobre estaba cansada y su padre se

la llevaba ya a casa. Saqué el móvil, ya me estaba aburriendo. Esperaba que por lo menos Aarón lo estuviera disfrutando. Miraba las notificaciones de las redes sociales; tenía un mensaje de Germán. La valla se movió con brusquedad, pillándome desprevenida. Miré a ambos lados: los niños y la señora que se encontraban allí, me miraron mal pues era la única que estaba apoyada en la valla en ese momento. No fui yo sino Aarón. Ya estaba empezando otra vez con sus celos. Levanté la cabeza mientras guardaba el móvil. El grupo de personas que pasaba en ese momento por delante de mí estaba un poco revolucionado. Algo le había pasado a alguien. Todas eran mujeres y niñas. Una de ellas se acercó a la señora que tenía al lado porque se conocían y le contó lo sucedido.

— Ha desaparecido una niña. La madre está desesperada. La hemos buscado por todo el desfile pero no la han encontrado. ¿No has visto a una nena de unos seis años, rubia, vestida con este traje?

La señora contestó que no y a mí se me paró el corazón por unos segundos.

— ¿Qué hacemos, Aarón?— susurré.

La valla se movió otra vez pero con menos intensidad. Asentí y le eché valor.

—A ver, por favor, apartaros un momento— les dije a los niños.

Me hicieron caso sin rechistar. Salté la valla y eché a correr hacia donde había visto al hombre ir.

—Aarón, necesito que me guíes.

Otra valla se movió más adelante y seguí corriendo. Era consciente de que la gente me miraba mientras atravesaba todo el desfile. Llegué a una zona en la que ya no había vallas, solo un pelotón de gente.

— ¿Y ahora qué?— paré en seco.

Me llevé las manos a la cabeza, desesperada. Miré a mi alrededor, tenía que encontrar a esa niña cuanto antes. A una mujer se le cayó un vaso de plástico de lo que se estuviera tomando al suelo. No sabía si aquello había sido Aarón. Esperé. Detrás de toda esa gente, había un hombre vendiendo docenas de globos. Acto seguido, uno de ellos se soltó y voló. Era por allí. Atravesé la masa humana y continué a todo lo que daban mis piernas por la calle solitaria. Una farola se encendió y se volvió a apagar, indicándome el camino de la izquierda. Subí por esa calle que tenía un poco de pendiente ascendente. Oí un golpe sordo a mi espalda. Y otro. Y otro más a un contenedor. Me había pasado el camino. Retrocedí y me metí por un callejón sin salida. Al fondo, los vi. El hombre estaba agachado, tratando de calmar a la niña. Yo no tenía ningún plan, como siempre.

— ¡Eh, tú!— grité, manteniendo una distancia. El hombre se levantó—. Dame a la niña.

Me miró con muy mala cara, dando un paso hacia mí. La pequeña estaba inmóvil contra la pared.

— ¿Por qué tendría que hacerlo? ¿Eh?— me desafió.

— Has secuestrado a esa niña. Su madre ha denunciado la desaparición— se empezó a poner nervioso, lo noté—. Una patrulla de la Policía Nacional viene hacia aquí.

Era mentira pero algo tenía que hacer.

— ¡Eso es mentira! Tienen que pasar cuarenta y ocho horas para dar por desaparecido a alguien.

— En realidad, no— dije con tranquilidad, contrastando con su tono nervioso—. Es menor de edad y te ha visto mucha gente. La búsqueda se ha activado de inmediato. Muy astuto pasar por delante de cientos de personas— aplaudí.

— ¿Tú quién cojones eres?

— Soy agente de la Policía Nacional, vestida de paisana.

Abrió mucho los ojos, asustado.

— ¡Enséñame la placa!— exigió.

Tragué saliva.

— Nunca la llevo encima yendo de paisana. Todo el mundo me conoce, puedo tomarme ciertas libertades...— puse tono de sobrada—. Ahora responde, ¿qué parentesco tienes con ella?— dije con autoridad.

— So... soy su padre— tartamudeó—. ¿Algún problema?

Aarón golpeó la puerta metálica de un garaje.

El hombre y la niña se sobresaltaron, yo ya estaba acostumbrada.

— Mientes— dije, entrecerrando los ojos—. Dame a la niña y nadie saldrá herido.

Traté de sonar lo más amenazadora posible.

— ¿Vas a sacarme la pistola, señora agente?— se burló.

No iba a ceder, tenía que optar por la opción B. No tenía más remedio. Había llegado el momento de recordar mis clases de kárate y demostrar que tenía el cinturón marrón para algo más que para colgarlo en la pared. Los programas de boxeo que veía con mi padre tampoco se iban a quedar en el olvido.

— Aarón, ayúdame— musité.

Me llevé la mano a un supuesto bolsillo interior de mi chaqueta vaquera fingiendo llevar un arma mientras me acercaba a él. Adopté postura y le hice un gancho entre las costillas, justo en el diafragma para dejarle sin respiración. Se dobló de dolor hacia delante y le propiné un puñetazo en la mejilla que le hizo caerse de lado.

— ¡Corre, vámonos!— le dije a la niña, haciéndole gestos para que se moviera.

Salió espantada del callejón.

— ¡Aarón, cuida de ella!

Me giré hacia el secuestrador. Para mi asombro, ya se había recuperado. Estuvimos enzarzados en una pelea en la que no tuve apenas oportunidad de atacar. Me limité a defenderme, cubrirme y esquivar puñetazos. Pero uno me dio de lleno en la comisura de los labios. Me caí y decidí que era hora de salir corriendo. Trastabillé mientras notaba un líquido caliente derramándose hacia la barbilla. El sabor a sangre me llenó la boca. Me agarró de la chaqueta, tirándome al suelo y sentándose encima de mí. Me cogió de las muñecas mientras pataleaba para deshacerme de él. Me tocó la chaqueta para comprobar si llevaba un arma, pero se llevó una decepción.

— ¡Ayuda!

Fue lo único que pude pronunciar antes de que me echara la mano libre al cuello. Traté de removerme, de forcejear, pero me fue imposible. Cada vez me quedaba menos oxígeno. Aflojó repentinamente mientras se ponía rojo. Se levantó o, más bien, Aarón me lo quitó de encima y lo lanzó contra la pared. Cayó en plancha al suelo. Me incorporé cogiendo aire. Necesitaba retener a ese malnacido. Miré alrededor. Vi unas cuerdas de tender en la fachada de uno de los pisos.

— Aarón, tráeme una cuerda— señalé el sitio—. ¡Rápido!

En menos de veinte segundos, la cuerda estaba a mi lado. Lo maniaté con fuerza y comprobé con alivio que todavía estaba vivo. Llamé a emergencias para que mandaran una ambulancia y un coche de policía. Llegaron a la vez: los auxiliares se encargaron del hombre y a mí me interrogó la policía después de que me vieran el labio y me dieran una bolsita de hielo.

— Buenas tardes, soy el comisario de la Policía Nacional, Rafael Guardiola. ¿Podría explicarme qué ha pasado aquí, señorita?

Eso hice lo mejor que pude. Me sentí un poco atacada con sus preguntas. Me pidió que me identificara y le di mi dni.

— ¡No puede tomarse la justicia por su mano! ¡Ha dejado a ese hombre inconsciente!— señaló a la camilla donde un par de hombres se lo llevaban hacia la ambulancia, fuera del callejón—. ¡Tendría que habernos llamado antes! ¡Acompáñeme a comisaría!

Me cogió del brazo e inmediatamente la puerta del garaje se sacudió de una manera brutal.

— Mejor será que me suelte— dije con tranquilidad, levantando las cejas y con una media sonrisa.

Me zafé de su mano de un tirón, el comisario lo había captado.

— ¡Jefe!— gritó un policía desde la puerta trasera de la ambulancia—. ¡Venga a ver esto!

Salió corriendo del callejón y yo detrás. Mantuve una distancia considerable. Vi que examinaban al secuestrador y miraban una foto. Después, uno de los policías que acompañaban al comisario señaló algo por encima de mi cabeza y luego al secuestrador. Me di la vuelta. Una de las cuerdas de tender colgaba rota desde aquel piso tan alto. Cerré los ojos. Aarón la había cagado. Al volverme, me encontré con la mirada inquisidora del comisario. Supe en ese momento que tendría que buscar una buena excusa porque me iba a preguntar por aquello.

El comisario les dijo algo a sus subordinados y se acercó a mí.

— ¿Me podría explicar por qué el sujeto está maniatado con una de esas cuerdas de allí arriba?— señaló el sitio.

— Estaban rotas. Esa estaba en el suelo— traté de sonar convincente.

— Entiendo...— soltó despacio, sin dejar de escrutarme—. Tengo que darle las gracias— cambió su semblante a uno más simpático—. Ha conseguido capturar a un pederasta que llevamos meses buscando. Acepte mis disculpas.

Me crucé de brazos y asentí.

— ¿Dónde está la niña?— preguntó de repente.

— Está...— pensé—. Está a salvo.

O eso quería creerme.

— ¿Está con su madre?

La tensión que tenía en ese momento no se podría cortar ni con un cuchillo. Un cosquilleo me recorrió el omóplato izquierdo al derecho, así un par de veces. Aarón me estaba diciendo algo.

— No— respondí, y el cosquilleo cesó—. Está...

La luz de una farola siguiendo la calle parpadeó detrás del comisario.

— Cerca de aquí— terminé la frase.

— Lléveme hasta ella, hágame el favor— ordenó con contundencia.

Se me heló la sangre en el cuerpo, no sabía dónde cojones la había llevado Aarón pero él me indicó el camino apagando y encendiendo las luces de las farolas. Detrás, el comisario las miraba con cara extraña pero no le dio mucha importancia. Al girar la calle, la primera farola que veíamos se puso intermitente. Miré el portal que había debajo de ella. Estaba entreabierto, una

pequeña piedra obstaculizaba su cierre. Entramos y nos encontramos a la niña acurrucada en un rincón con lágrimas por las mejillas.

— Puede marcharse a casa. Ya nos ocupamos nosotros— me dijo con la niña en brazos al salir del portal—. A la próxima, llámenos antes de actuar.

Al llegar al coche, sentí una sensación indescriptible. Había atrapado a un pederasta que llevaban tiempo buscando. ¡No me lo podía creer!

— Gracias, Aarón— miré al asiento vacío del copiloto—. Hacemos buen equipo.

Al día siguiente, la noticia saltó a los medios de comunicación. Mis compañeros de trabajo se acercaron con curiosidad a preguntarme sobre el tema y por mi labio hinchado, mis amigas mandaban mensajes de whatsapp sin parar, mis padres y Germán me llamaron. Miré las noticias en mi casa a la hora de comer y comprendí porqué todo el mundo sabía mi hazaña. En ellas, el comisario de la Policía Nacional salía diciendo que habían atrapado al pederasta que había secuestrado ya a cinco niñas desde principios de año y que eso no hubiera sido posible sin la colaboración ciudadana de una chica llamada (miraba un papel) Judith Pérez. Me dio mucha vergüenza. Mis padres vinieron esa misma tarde. Mi madre puso el grito en el cielo al verme el labio pero dio gracias que solo fue eso. Quedé con mis amigas tres días después, cuando ellas pudieron. Querían saber de primera mano lo que me había sucedido.

Pasaron los meses. Mi rutina era ir a trabajar, volver para comer, hacer papeleo del trabajo, ducharme, cenar e irme a dormir no sin antes charlar con Aarón. A veces, esa rutina variaba: mis padres me visitaban, alguna de mis amigas me decía de quedar, Germán me llamaba... O yo también lo hacía. Los fines de semana solían ser todos iguales. Los sábados por la mañana iba a hacer la compra para mí y para Consuelo, la vecina mayor del bajo que ya apenas salía de casa; por la tarde, iba al cementerio a dejarle un pequeño ramo de rosas a mi novio fallecido. Fui a visitarlo el día de su cumpleaños, a mediados de junio. Habría cumplido treinta años. Compré una tarta pequeña y sopló las velas.

Los sábados por la noche, salía con mis amigas. Me obligaban a salir de fiesta y divertirme, no querían que me amargara. Se llegaron a plantar en mi casa unas cuantas noches para sacarme del piso. En cierto modo, lo agradecía. Algunos domingos iba a visitar a mi abuela porque había comida familiar. Nadie volvió a sacar el tema por el que se enfrentó con mis padres.

Lo único nuevo por esos meses fue mi acercamiento con Germán. Quedamos un par de veces para cenar fuera y salimos de copas cuando llegaron las fiestas de los pueblos de alrededor en verano. Era un verdadero alivio el que Aarón ya no intentara intermediar entre Germán y yo. Y eso, era de agradecer.

VII

Un sábado a finales de septiembre, me desperté de sopetón. Aarón me había destapado violentamente.

— ¿Qué pasa, Aarón?— pregunté medio dormida—. ¡Déjame dormir!

Volví a taparme, era demasiado pronto. Me destapó de nuevo y me enfadé.

— ¿Se puede saber qué cojones te pasa?

La puerta de mi habitación se abrió de golpe y la luz se encendió, provocándome una ceguera instantánea. La volví a apagar para estar más cómoda y vi una pequeña luminosidad a mi izquierda. Era mi móvil. Estaba llamando a Consuelo.

— La compra la puedo hacer más tarde, Aarón. Son las ocho y media, necesito descansar.

Fui a taparme de nuevo pero la sábana se cayó por detrás de la cama. Resoplé.

— Tú ganas. Voy a levantarme.

Me vestí y me aseo y, cuando pasé por el salón para ir a desayunar a la cocina, miré hacia la mesita de café: 'CONSUELO'

— ¿Qué pasa con Consuelo, Aarón?— me empezó a preocupar tanta insistencia.

Las letras se disiparon del centro y pronto aparecieron otras.

'NO RESPIRA'

— ¿Qué? ¡Joder!

Me quedé bloqueada sin saber qué hacer. Cogí el móvil y la llamé mientras buscaba mis llaves de casa y las del coche. Nadie atendió mi llamada. Insistí, pero aun así no descolgaron. Bajé corriendo por las escaleras, pasaba de esperar al ascensor. Llamé al timbre muchas veces seguidas y aporreé la puerta. Puse la oreja en ella, pero no se oía nada.

— Aarón, ¿qué hago? ¡Ayúdame!— dije, histérica perdida.

La puerta comenzó a temblar. Me aparté, no sabía lo que iba a hacer. La arrancó de cuajo, rompiendo las bisagras y produciendo un ruido atronador al caer que retumbó por todo el edificio.

Vi a Consuelo en el suelo del salón, al final del pasillo. Observé la escena: un pequeño charco de sangre le rodeaba la cabeza. Traté de encontrarle el pulso con dos dedos en su cuello arrugado, pero no había nada que encontrar. Llamé al instante a emergencias pidiendo una ambulancia urgente. Llegó al cuarto de hora acompañada por un coche de policía.

— Aarón, coge energía, puede que te necesite— dije mirando por la ventana y reconociendo al instante al comisario de la Policía Nacional.

Salí de la casa de Consuelo, yo ya no tenía nada que hacer dentro.

— Usted otra vez— me saludó el comisario en el umbral de la puerta.

— Ya ve, el mundo es un pañuelo— dije, irónica.

Los tres policías incluyendo él se quedaron mirando la puerta en el suelo y luego me miraron a mí. Observaron sorprendidos las bisagras y cuchichearon.

— No se mueva de ahí, estaré con usted en un momento.

Asentí, obediente. Iba a necesitar una buena excusa para explicar eso. Dieron la vuelta al cadáver y le practicaron las técnicas de reanimación. No vi nada más por decisión propia, ya estaba bastante consternada. Estuvieron hablando los cinco hombres entre ellos, alguno me lanzó una mirada por encima del hombro. El comisario dio un par de órdenes y salió para reunirse conmigo.

— A ver, señorita...

— Judith— le ayudé.

— Sí, eso, Judith— sacó papel y bolígrafo—. ¿Puede explicarme lo ocurrido?

— Pues yo emmm...— titubeé.

Bajo la mirada penetrante de aquel hombre no pude pensar con claridad. Me miré los pies, evitándola.

— Hable— insistió, seriamente.

Me aclaré la garganta e inmediatamente después fingí un ataque de tos.

— Perdona, es que este tiempo está loco.

— No trate de ganar tiempo, señorita. Explíqueme qué pasó— elevó el tono, cabreado.

— ¿Acaso no es obvio? Tiré la puerta abajo, ¿no la ve?

Mentí, pero ¿cómo iba a decirle que me había ayudado un fantasma? Prefería la cárcel antes que el manicomio.

— ¿Cómo? ¿Alguien la ayudó?— preguntó, escéptico—. ¿Cómo supo que la señora se encontraba en peligro?

La pregunta era: ¿cómo iba a salir del aprieto? ¿Qué iba a responderle? ¿No me creía capaz de tirar la puerta abajo? Me impacienté y busqué una idea para ganar unos minutos, ignorando que alguien ya tenía todo planeado para sacarme de la situación.

Mi móvil sonó en el bolsillo. Lo saqué y miré quién era. Era el teléfono fijo de mi piso. Aarón.

— Perdona tengo que contestar, mi abuela está en el hospital. Solo será un segundo.

Descolgué y me giré sobre mis talones, alejándome del hombre y sin saber su reacción.

— Dime, mamá, ¿está bien la abuela?— grité un poco para que me oyera el comisario.

— Ahora, Judith, escucha lo que te voy a decir— dijo una voz robótica de mujer.

Conocía esa voz. Ese tono y esa lentitud en el habla solo podía ser del traductor más famoso del mundo.

— Sí, dime.

— Consuelo tiene tres llamadas perdidas de tu móvil en su contestador, dile que la habías llamado para hacerle la compra como todos los sábados. La nota está en la nevera, eso te dará credibilidad— asentí y me llevé una mano a la cabeza, fingiendo que me daban una mala noticia —. Al ver que no respondía, bajaste porque temías lo peor. Llamaste al timbre, tampoco te abrió y decidiste echar la puerta abajo.

— Yo sola no, mamá— puse voz triste.

Oí teclear muy rápido.

— Si te pregunta, dile que sabes kárate y que un amigo tuyo es bombero y te enseñó a abrir puertas a la fuerza. En cuanto te dejen irte, vete al coche.

— Vale, mamá. Iré para allá en cuanto pueda, espérame.

Me di la vuelta. El comisario seguía allí aunque más lejos. En seguida se acercó al ver que había colgado.

— ¿Todo bien?

Me cubrí los ojos con las manos e hice el intento de llorar. Me acordé de cuando me desperté del coma y me dieron la noticia de Aarón. Un cosquilleo apareció en mi nariz, apreté los ojos y los abrí. Tenía lágrimas en ellos, justo lo que quería.

— Mi abuela...— me sorbí unos mocos inexistentes— ha fallecido. Así que dese prisa, por favor.

— Solo respóndame: ¿cómo supo que la anciana estaba en peligro? Y, ¿quién la ayudó a tirar la puerta?

— Yo todos los sábados por la mañana le hacía la compra a esta mujer porque no podía salir

de casa. Ella me daba una nota con los alimentos y dinero. Seguramente la nota esté en la nevera — hice una pausa para luego continuar pero me cortó.

— ¿Usted vive en este edificio?— levantó la vista del papel en el que escribía durante un segundo.

— Sí— y continué con el relato—. La llamé en cuanto me levanté para decirle si me podía pasar hoy más temprano ya que siempre suelo ir más tarde a comprar. No sabía si tan temprano la mujer podía. El caso es que no lo cogió e insistí y tampoco descolgó. Me temí lo peor. Bajé y llamé al timbre pero no me abrió así que decidí echar la puerta abajo. Me ha costado lo mío pero lo he logrado— dije en un tono de confidencialidad que no pareció gustarle.

— ¿Usted sola?— asentí con seguridad—. Ya...

Tres hombres de traje entraron en el portal: uno de ellos llevaba un maletín. El comisario les indicó el camino.

— Míre; tengo cinturón marrón en kárate, conocimientos de boxeo y un amigo bombero que me enseñó este truco por si lo necesitaba— le expliqué—. Por cierto, ¿quiénes son?

— Los de la funeraria y un notario— miró lo que había escrito y me dijo—: ¿podría esperarme aquí un segundo?

Torcí el gesto pero asentí. Lo vi meterse a la cocina, seguramente para comprobar la nota. Luego fue al salón, donde estaban todos, y descolgó el teléfono para ponérselo en la oreja. Esperó y apuntó algo. Sus subordinados lo llamaron y estuvieron hablando, mirando papeles. Estaba de los nervios, quería salir de ahí porque todo me señalaba a mí como la principal sospechosa. El jefe se me acercó con un par de papeles en las manos.

— Déjeme comprobar algo— sacó su teléfono y marcó.

Mi móvil sonó en ese momento.

— Vale, es su número— dijo antes de que pudiera sacarlo del bolsillo.

Se lo guardó y se puso a mirar el otro papel.

— ¿Me puede explicar esto, señorita Judith?— me lo tendió y empecé a leer.

Era el testamento de Consuelo. En él me cedía todos sus bienes a mí. Me quedé anonadada al ver mi nombre. No me lo podía creer.

— ¿En serio?— fue lo único que pude decir pero me recompuse pronto de la impresión—. Sabía que no tenía familia pero nunca me imaginé esto.

— ¿No sabía usted que era la única heredera? ¿Desconocía las intenciones de la señora o ese documento?— inquirió.

— Totalmente— dije sin poder apartar la mirada del documento—. No sabía nada. De ser así, me hubiera negado en rotundo.

— Ya... ¿Y qué me dice de sus conocimientos sobre kárate y boxeo? ¿Los empleó en otro momento que no fuera derribar la puerta?

Pillé la indirecta, aquello fue el colmo.

— ¿Perdone? ¿Insinúa que la maté porque sabía que estaba en el testamento? ¡No puede estar hablando en serio!— hice el intento de calmarme pero no podía.

— Señorita, me temo que esta vez sí me va a acompañar a comisaría.

Me cogió del brazo y la puerta de enfrente se abrió.

— Ella no la mató, señor policía— salió la vecina en mi defensa.

Era una mujer de unos cuarenta años que apenas había visto ni tenía relación con ella.

— ¿Usted cómo lo sabe? ¿Vio algo?— me soltó el brazo.

— Lo he visto todo por la mirilla— hizo énfasis en la palabra ‘todo’.

Me miró y supe a lo que se refería. Me había visto tirar la puerta sin tocarla.

— Esta chica derribó la puerta a la fuerza ella sola— me señaló—. La mujer ya estaba en el suelo cuando entró. Ella no ha matado a nadie. Consuelo siempre hablaba maravillas de esta muchacha, me decía que era una desinteresada porque le ofrecía las vueltas del dinero que sobraba de la compra y nunca lo aceptó. Así que, dígame, ¿por qué habría querido matarla?

El comisario se calló y nos miró.

— ¿Podría hablar con usted si es tan amable?— se dirigió a la vecina, que asintió.

Se metió en casa de Consuelo y esperó.

— Con respecto a usted...— se volvió hacia mí.

— Mire, señor— dije con sorna—: espero que patrulle o haga el papeleo mejor que investiga porque deja mucho que desear. Antes de culparme, hágale las pruebas pertinentes al cadáver. Si soy culpable de algo, ya sabe dónde encontrarme— ya me iba cuando me acordé de otra cosa para decirle— ¡Ah! Y otra cosa, no me subestime, señor comisario, porque igual que puedo tirar una puerta abajo también puedo tirar un muro de hormigón, si quiero.

Lo dejé ahí plantado en el umbral sin saber qué decir y me monté en el coche al salir del edificio.

— Por los pelos, Aarón— soplé mientras conducía.

La guantera se abrió y de ella cogí cinco euros. Necesitaba un buen desayuno después de todo aquello.

— Has utilizado el portátil, ¿verdad? ¡Eres un genio! Muchas gracias.

Volví a casa después de llenar bien el estómago y de hacer tiempo en un parque. La puerta estaba colocada de mala manera y precintada.

A los pocos días, después del funeral de Consuelo, el comisario me llamó para decirme que la autopsia había revelado que la mujer había sufrido un ictus y que no había más signos de violencia que un golpe en su cabeza contra la mesa al caer. También me pidió disculpas, como la vez del pederasta. Las acepté de mala gana.

Se puso en contacto conmigo el notario para que aceptara o rechazara la herencia. Hice lo primero, por supuesto. No iba a permitir que el gobierno o cualquier otra institución se quedara con más de medio millón de euros. En cuanto pude disponer de ello, hice donaciones de comida a dos grandes organizaciones. La navidad estaba a la vuelta de la esquina y no escatimé en comprar manjares típicos de la época y alimentos básicos para los más desfavorecidos. Alquilé el bajo a una pareja de enamorados después de reamueblarla con muebles más modernos. Aquello era todo cuanto tenía Consuelo.

Llegó mi cumpleaños, a principios de diciembre. Aarón me paró el despertador y me subió la persiana. Fuera hacía un frío que pelaba, se oía el viento soplar. No me apetecía nada salir de la cama pero vi en mi mesita de noche una bandeja con desayuno y me espabilé. En un lado había una rosa preciosa.

— Gracias, Aarón— la olí y examiné el contenido de la bandeja—. Aún te acuerdas de lo que me gusta.

Iba a hacer diez meses desde nuestra separación definitiva, físicamente hablando. Aunque lo tuviera de manera intangible, seguía echándolo de menos.

Cuando fui al aseo, me encontré en el espejo del lavabo un mensaje para mí junto con un corazón.

‘Feliz cumpleaños, Judith’.

Mi pintalabios favorito descansaba destapado y aplastado de la punta en el mármol del lavabo. El mismo mensaje también estaba en la mesita de café.

En el trabajo, mis compañeros más afines me cantaron el cumpleaños feliz y uno de ellos me hizo un bizcocho del que todos probamos un trocito después del almuerzo.

Después de comer, mi madre me llamó diciéndome que fuera a casa a las seis que tenía que hablar conmigo.

— ¿Qué pasa, mamá? Me estás asustando— confesé después de oír su tono.

— Es tu abuela.

Por mucho que insistí, no soltó más prenda. A las seis iría más rápido que una bala aunque no entendía por qué no podía ir antes. La espera se me hizo eterna. Pensaba que le había pasado algo malo a mi abuela, que quizás era el karma por haber fingido su muerte delante del comisario cuando pasó lo de Consuelo.

En casa de mis padres parecía no haber nadie. Los llamé a gritos pero solo oía silencio así que decidí mirar en todas las habitaciones. Entré al salón, tampoco había nadie. Pero vi algo detrás de un sofá e inmediatamente un montón de gente salió de sus escondites golpeando globos en el aire, tirando confeti y gritando: ¡FELICIDADES!

Vi a mis padres, a mis amigas, a mis compañeros de trabajo más cercanos, a mi abuela y a...

— ¡Germán!

Me abrazó con fuerza y me dio dos besos. Era a la última persona que esperaba ver y el primero al que saludé. La música comenzó a sonar y empezaron a sacar comida y bebida.

— ¿Qué haces aquí?— pregunté al separarnos.

— He venido a tu cumpleaños, pedí libre este fin de semana. ¿Acaso no te hace ilusión?— me sonrió.

— Sí, claro— dije un poco embobada. Estaba guapísimo—. Emmm... voy a saludar a los demás.

— Me gustaría hablar contigo a solas, si no es mucho pedir— me miró seriamente.

— ¿Por qué no te vienes mañana a cenar a mi casa? Tú querías ver mi piso y yo también tengo cosas que contarte.

Aceptó mi invitación, a las nueve estaría allí. Quise evitar a toda costa su presión en el día de mi cumpleaños.

Mi madre, que me había engañado para que acudiera a casa, me dijo que ella solo cumplía órdenes de la matriarca. Mi abuela había tenido la idea de hacerme la fiesta sorpresa. Volví a saludar a mis compañeros de trabajo y después a mis amigas. Les confesé que me hacía mucha ilusión que Germán hubiera venido. Me dijeron que habían hablado con él y que se le notaba a la legua que aún seguía sintiendo algo por mí. Y yo... yo no sabía qué sentía por él. Me gustaba pero no para salir inmediatamente con él. Aunque hayamos estrechado lazos todos estos meses desde que salí del hospital, seguía sin conocerlo del todo. Además, no sabía si estaba preparada para volver a enamorarme. Eso era algo a lo que no me podía ni debía obligar.

Me cantaron el cumpleaños feliz, no había pasado más vergüenza en toda mi vida. Soplé las velas, corté la tarta en pedazos y abrí unos cuantos regalos. Ver el número treinta encima de la tarta me hizo darme cuenta de lo valiosa que era la vida porque había gente que no llegaba a esa

edad. Todos y cada uno de los presentes me hicieron saber de una manera o de otra, lo mucho que lamentaban lo ocurrido este año y lo agradecidos que estaban por seguir en sus vidas. Aarón levantó un globo con forma de corazón por encima de las cabezas de los demás con imprudencia. Hicieron que se me saltaran las lágrimas. Fue el mejor cumpleaños de mi vida.

Al día siguiente por la tarde, me duché y me arreglé. Me puse algo sexy pero sin provocar. Tenía media hora antes de que llegara Germán. Recogí las letras de Aarón en una bolsa que metí en el cajón de la mesa de café. No se había manifestado en todo el día, quizá estaba triste por mi quedada. Puse los cubiertos y las servilletas en la mesa. En la cocina eché una bolsa de frutos secos variados en un cuenco y lo saqué al salón junto con dos copas de cristal. Lo dejé todo encima de la mesita de café y miré al suelo. Las letras estaban esparcidas en él.

— Aarón, no pretendas boicotearme la cena— dije mirando a mi alrededor, donde quiera que estuviese—. ¿No querías que fuera feliz? Pues recoge esto y estate quieto, por favor.

Encendí la calefacción de todo el piso, su presencia solo generaba frío. Volví a la cocina y preparé el aceite en las sartenes. Tenía clara la cena: un plato combinado. A Germán le gustaba o, al menos, hacía unos años.

Llamó al timbre. Solo me dio tiempo a echar ambientador, mirarme al espejo en el baño una milésima de segundo y comprobar que todo estaba recogido como había pedido. Le abrí respirando hondo, esperaba que todo saliera bien.

— ¡Hola!— nos saludamos y nos dimos dos besos en las mejillas.

Vi que llevaba una botella en la mano y una bolsa grande en la otra.

— Vino, del más dulce que he encontrado— levantó la botella para enseñármela.

— Pasa— me aparté de la puerta y entró—. Espero que de verdad sea dulce.

Él sabía que no me gustaba el vino pero podía tolerar un sabor más suave. Fuimos al salón, se quitó el abrigo, dejó la bolsa en un rincón y nos sentamos en el sofá. Sacó el sacacorchos de su bolsillo trasero y abrió la botella. Nos sirvió en las copas que había sacado. Cogió la suya y la alzó.

— ¿Por qué brindamos?— preguntó.

— Yo... brindo por la vida— suspiré.

— Y yo brindo por las segundas oportunidades que da— me miró, sonriendo.

Chocamos las copas y bebimos.

— ¿Esto es dulce?— hice un guiño, tosiendo.

— Era el más suave que había— se excusó.

— No pasa nada, voy a por un refresco de cola.

Al volver al salón, vi a Germán mirando a su alrededor con detenimiento. Esperaba que Aarón no hubiera hecho ningún ruido.

— ¿Qué pasa?— quise saber.

— Nada, tienes un piso muy bonito y acogedor— dijo asintiendo.

— Muchas gracias.

— Y estás guapísima— me echó un vistazo de arriba abajo.

— Gracias— repetí—. Tú también.

Noté mi sonrojo en las mejillas que las tenía hirviendo. Le bajé un par de grados a la calefacción y rebajé mi copa con el refresco. Estuvimos hablando de cosas sin importancia y de los viejos tiempos mientras comíamos y bebíamos en el sofá. Él no hacía otra cosa que llenarme la copa.

— ¿Pretendes emborracharme?— bromeé.

— Para nada, solo soy servicial— se rió y yo con él.

Fui a la cocina para hacer la cena. Germán me oyó y me preguntó desde el salón si necesitaba ayuda. Se la negué, a los veinte minutos ya estaba lista.

Se sorprendió al ver el plato, no sé si porque le gustaba todo o porque pensaba que no me acordaría de sus gustos. Cenamos tranquilamente en la mesa mientras hablábamos. Le conté lo que había pasado con Consuelo. Flipó bastante con la actitud del comisario y la herencia de mi vecina.

— Ahora dime tú, ¿qué me querías contar?— dije y me llené la boca para que hablara él.

— Vale— asintió mientras tragaba—. Te va a parecer una locura pero solicité un traslado para un hospital de aquí.

— ¿Y? ¿Te lo han aceptado?— pregunté, impaciente.

— ¡Sí!— dijo con una sonrisa enorme—. ¿Por qué te crees que estoy tan contento?

— ¡Por el vino!

Nos reímos a carcajadas.

— Me alegro por ti. Ahora vas a estar más tiempo con tu familia.

— Sí, pero no lo he hecho solo por ellos— hizo una pausa y acabó la frase— sino por ti también.

— Por mí, ¿por qué?— pregunté como acto reflejo.

— Te haces una idea ya de lo que siento por ti, no me digas que no. Nunca has sido tonta para

estas cosas.

Soltó el tenedor y me cogió la mano cuando vio que apartaba la mirada. No quería que sacara ese tema porque no sabía qué decir, no tenía claros mis sentimientos, estaba muy confundida.

— No quiero obligarte a nada y tú lo sabes, Judith. Pero me gustaría que me dijeras... algo— recalcó la última palabra—. Si sientes algo por mí, si estás a gusto conmigo, qué piensas de mí... ¡algo!

Miré nuestras manos juntas y lo miré a él. Traté de abrir mi corazón.

— Contigo me siento bien, a gusto, segura, tranquila... Me gusta tu compañía, cómo me tratas y me cuidas— hice una pausa, Germán me miraba atentamente esperando más—. No puedo decirte lo que quieres oír, no estoy enamorada de ti, Germán— bajé la mirada y, sin pensar mucho, solté lo que sentía—: pero creo que... me gustas.

Germán sonrió y me miró los labios como aquella vez en el hospital. Yo también hice lo mismo, fue una clara invitación a lo que pasó después: nos besamos. Fue tan dulce y delicado que volví a besarlo. Y lo sentí. Lo sentí a él. El volver a tener contacto con otros labios hizo que mi mente recordara los de Aarón. Algo se cayó al suelo, haciéndose añicos. Me sobresalté y miré de dónde había venido el impacto. Un portafotos se había caído o, mejor dicho, Aarón lo había tirado: la foto donde aparecíamos él y yo. Acaricié la fotografía mientras se me escapaba una lágrima. Aarón nos había visto besarnos, eso lo daba por hecho pero tenía que entender que yo necesitaba que rehacer mi vida con alguien vivo.

— ¿Estás bien?— preguntó Germán mientras me abrazaba por detrás.

— Lo siento, Germán— me zafé de él—. No tendría que haber hecho eso.

— Tranquila, no digas eso. ¿Quién me dijo una vez que no me arrepintiera de lo que me salía del corazón?— me recordó—. Pues lo mismo te digo. Ven aquí y siéntate— se sentó él en el sofá.

Guardé la foto en un cajón del mueble y me senté a su lado. Menos mal que ya habíamos terminado de cenar.

— Ven aquí, anda— insistió abriendo sus brazos y no dudé en refugiarme en ellos—. ¿Sigues pensando en él?

— A veces— confesé.

— No pasa nada, es normal— trató de calmarme.

Me limpié las dos lágrimas que me caían y me abrazó con más fuerza todavía. Luego me incorporé y traté de recomponerme.

— No te quiero ver más triste. Venga va— dio una palmada en el aire para animar el ambiente y me dio la bolsa con la que había venido—. Tu regalo de cumpleaños atrasado. Está hecho a

mano por un amigo que le encantan las manualidades por eso se atrasó un poquito además, es un poco friki, me daba un pelín de vergüenza llevártelo a la fiesta.

Lo saqué de la bolsa y vi lo grande que era.

— No tenías porqué molestarte.

— No es ninguna molestia. Si no has cambiado tus gustos, te encantará.

Lo abrí con ansia. Un regalo friki, ¿qué sería? Una cúpula con una rosa muy bien hecha en el centro.

— ¿De 'La Bella y la Bestia'?— asintió—. ¡Me encanta! ¡Es genial!

— Ufff— bromeó secándose un sudor inexistente en la frente—. Menos mal que te gusta.

— Siempre he querido esto y lo sabes. Muchísimas gracias, Germán, de verdad.

Me acerqué a él, quería darle un beso pero no sabía dónde. Ya le había besado en los labios, ¿qué más daba? ¿Para qué retroceder? Lo besé en la boca.

No retrocedimos en la relación, al contrario, fue creciendo con el paso de los días y los meses. Germán volvió a Toledo después de las vacaciones de navidad para instalarse de forma definitiva y trabajar en uno de los hospitales de la provincia. Me invitaba a su piso para cenar o comer y pavonearse de sus dotes culinarias.

Y así se formó entre nosotros un vínculo difícil de explicar. No éramos pareja pero tampoco solo amigos. Yo seguía sin tener claro lo que sentía y él me lo notaba por eso no quería dar el siguiente paso. Todo iba despacio, como yo quería que fuera, como se suponía que debía ser.

VIII

Un día a mediados de febrero, Germán me llamó para preguntarme si quería ir con él al museo más antiguo de Toledo, que abría sus puertas después de varios años de reformas. Le dije que no, sintiéndolo mucho. El día que él iba a ir era el mismo día en que hacía un año de la muerte de Aarón y quería ir al cementerio.

Y fui. Llovía, el cielo lamentaba su pérdida un año después. No llevaba paraguas, no hacía falta con el sirimiri que caía. Me había recogido el pelo en una coleta alta y después me había hecho una trenza para evitar el encrespamiento. Me calcé mis botas de montaña para evitar el barro y me abrigué hasta la médula con una sudadera y abrigo negros.

Le llevé el ya típico ramo de rosas, me agaché y se lo dejé en la leja que tenía su lápida. Le dediqué unas palabras en voz muy baja, seguramente me estaba escuchando. Quería que no me guardara rencor por lo que estaba sucediendo con Germán, estaba volviendo a sentir lo que jamás pensé volver a sentir, estaba empezando a ser feliz de nuevo como él quería.

De repente, la tierra se movió bajo mis pies. Me levanté por si había sido un mareo pero seguía temblando. El agua que contenía el vaso de las flores se movía de manera estremecedora. Era un terremoto. Salí del cementerio corriendo, por eso y porque la lluvia estaba apretando su intensidad. Me resguardé en el coche, el ambientador colgado del espejo retrovisor interior se movía. Conduje hasta el primer bar que vi. Era un bar de barrio en el que solo había señores mayores jugando a las cartas y al dominó. Me acerqué a la barra y pedí a gritos un café con leche. El escándalo que tenían montado era increíble. Le pagué al camarero en cuanto me lo trajo y le di vueltas mientras le soplabla a la mini taza. Miré a la televisión, en las noticias daban una última hora. Supuse que era el terremoto, no se hablaba de otra cosa en el bar. Y no me equivocaba. Apenas escuchaba a la periodista pero vi que había escombros de un edificio derrumbado a su espalda. Un escalofrío me recorrió la espalda, alguien había abierto la puerta pero no vi a nadie.

— Aarón, para. Hay demasiada gente.

Seguí soplándole al café. Apareció un letrero informativo en la parte de debajo de la televisión, apenas pude leerlo.

— Perdone— llamé al camarero—. ¿Puede subirle el volumen?

Lo subió y al ver mi cara de disgusto, mandó callar a todos de un grito. Todo se quedó en silencio salvo un hombre que refunfuñaba por lo bajo.

—... se ha venido abajo por el temblor que sacudía el centro de Toledo hace apenas unos minutos. Hasta aquí se han desplazado efectivos de bomberos y la Policía Nacional para acordonar la zona y disipar a los curiosos. Ya decimos, se trata del museo más antiguo de la provincia que volvía a acoger a más de una veintena de personas después de permanecer ocho años cerrado por razones de seguridad y reformas. Se está tratando de localizar a supervivientes bajo los escombros con perros especializados para ello. El edificio había sido declarado en ruinas pero...

Cerré la boca y tragué saliva, pero no tenía. Otro escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Me quedé en shock asimilando toda aquella información. ¡Germán! No, no podía dejar que él muriera también después de un año de haber perdido al chico que más amaba. Me bebí de un trago el café y salí corriendo hacia el coche. Me quemé la lengua y el esófago entero pero me importó una tremenda mierda. Fui directa al lugar, sabía dónde estaba. Me salté dos semáforos en rojo y aparqué encima de un paso de peatones. Me daban igual las multas, me importaba más la vida de Germán. Corrí, la lluvia había cesado.

Me encontré con el cordón policial bien vigilado y me colé por debajo de la cinta amarilla que limitaba el paso. Un agente me dio el alto.

— Señorita, no puede pasar. Haga el favor de salir— me impidió el paso.

— Escuche, tiene que dejarme pasar, por favor.

— No puede, es peligroso.

— ¡Pero...!— refunfuñé pero me cortaron.

— ¡Déjela pasar, Díaz!— dijo una voz conocida a mi espalda.

El policía se fue y yo me di la vuelta. Era el comisario.

— Adelante, vaya. Confío más en usted que en cualquiera de los bomberos que hay dentro— sonrió—. Coja un casco y unas gafas de protección, unos guantes y un chaleco. Suerte.

Avancé sin más después de colocarme todo aquello. Parecía tener truco el dejarme pasar por las buenas. Pero no lo tenía. Los técnicos de emergencias atendían a los primeros rescatados muy cerca de allí.

Entré por la puerta principal que todavía se mantenía en pie. Oí gritos de dolor y pidiendo auxilio. El polvo me impedía ver. Alcé la vista. El techo, que era el suelo del único piso superior, seguía intacto.

— Aarón, coge toda la energía que puedas, la vamos a necesitar.

Abrí la puerta que tenía enfrente y me aparté porque se cayó el marco de la puerta y toda la pared que había encima de ésta. Provoqué una gran polvareda que se disipó poco después. Unos golpecitos en el hombro me asustaron. Era Aarón. Vi cómo trazaba en el suelo lleno de polvo una flecha a mi izquierda hacia aquel ala del edificio.

— ¿Estás seguro de que no hay nadie ahí dentro o en el otro ala?— miré a la derecha, la puerta estaba cerrada.

Me acerqué a la flecha e hizo otra hacia las escaleras.

— Vale, veamos primero aquí abajo. Espero que tengas energía para mover escombros.

Entré. La sala era grandísima. Dos de los otros tres muros habían cedido y el otro aguantaba por la mitad, a duras penas. No había techo. Vi a los bomberos más cercanos haciendo esfuerzos sobrehumanos por mover los trozos de muro de encima de una mujer.

— Aarón, ayudémosles.

Un bombero me dijo que me apartara, que qué hacía yo ahí. Se calló en cuanto vio que con mi ayuda el muro se levantaba más fácilmente. Aunque no era yo sino Aarón. Los perros olfatearon y comenzaron a ladrar. Los bomberos creyeron que habían encontrado a alguien más pero, en cuanto nos alejamos, dejaron de ladrar. Avancé sorteando hierros y escombros.

— Aarón, dime dónde hay gente viva todavía.

Quizá hacía mal pero por la gente muerta no se podía hacer nada. Tiró una piedra pequeña a mi diagonal derecha. Corrí como pude por encima de los cascotes. Oí a un hombre mayor pidiendo ayuda cerca de mí. Estaba debajo de una viga. Dos grandes trozos de piedra cubrían al hombre apoyándose en ella, dándole un poco de espacio para mantenerse con vida. Ayudé a Aarón a quitarlos del medio. El anciano estaba cubierto de polvo, con una herida sangrante en la cabeza y su ropa rasgada. Pedí ayuda a otro grupo de bomberos que sacaban a una adolescente en brazos. Ellos se encargaron del hombre pero les ayudamos a quitarle de encima todo lo que le había caído.

Aarón me condujo hacia delante y a la derecha. Andaba a trompicones con sumo cuidado. La débil voz de una chica pedía auxilio. Tenía una pierna atrapada bajo un gran cascote. Alucinó cuando me vio moverlo a mí sola.

— ¡Ayúdame a encontrar a mi novio, por favor! ¡Estaba conmigo!— miró desesperada a su alrededor.

Examiné el sitio y vi un brazo por un hueco. Quité parte del techo y aparté más de una docena de tejas de encima del chico. Estaba boca bajo y no se movía. Su novia lo reconoció y empezó a llorar. Le busqué el pulso y me acerqué a la chica.

— Tranquila, todavía está vivo— le dije con melancolía.

Ojalá me hubieran dicho eso al despertarme del coma.

— Muchísimas gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

Le sonreí y di un grito para que los bomberos vinieran a mi posición. Me despedí y seguí caminando muy atenta a dónde pisaba.

— ¿Ahora qué, Aarón? ¡Dime algo!

Escribió encima de un trozo de pared con un centímetro de polvo: 'ARRIBA'.

— ¿Ya no hay nadie más vivo aquí?

'NO'.

— ¿Estás seguro?— pregunté con un nudo en la garganta.

'SÍ'.

— Recarga las pilas, Aarón. Te espero arriba.

Borré lo escrito con los guantes y los sacudí. Empezó a llover con intensidad. Volví sobre mis pasos. Los bomberos sacaron en brazos a la chica de antes y al novio y otros sacaron el cadáver de una mujer mayor.

Llegué a donde antes y subí con precaución, la escalera podía ceder bajo mis pies. El piso superior era igual al inferior. Pasé de abrir la puerta de enfrente y fui hacia la izquierda comprobando que era el sitio de antes y el suelo ya no estaba. Fui al otro ala, ese no se había derrumbado hacia el piso inferior pero sí habían caído las paredes casi en su totalidad.

Allí también había bomberos con perros sacando a una mujer y a su hija pequeña vivas y a un chico joven muerto. Se me puso mal cuerpo al verlo. No podía ser él. Corrí por encima de los pedruscos pisando tejas. Metí el pie en mal sitio y se me hundió, haciéndome una raja que empezó a sangrar de inmediato por mi pierna derecha. Me había rasgado el pantalón desde debajo de la rodilla hasta casi el tobillo. Me dolía a rabiar. Finalmente, los alcancé para comprobar con alivio que el chico no era Germán. Los bomberos que lo sacaban se preocuparon por mí al verme sangrar pero les dije que no era nada y se fueron, sacando al chico de allí.

— ¿Aarón, estás ya?— pregunté mientras me quitaba el chaleco fluorescente y me hacía un torniquete con él en la pierna.

Un cosquilleo de arriba abajo en la columna confirmaba que sí. Echó a rodar una piedra para indicarme el camino y seguimos buscando. Salvamos a un adolescente y a su amigo inconsciente. También sacamos con vida a un niño, su madre no corrió la misma suerte. Me invadió una tristeza descomunal. Se me saltaron las lágrimas pero no las pude distinguir entre la lluvia en mi cara. Me fui cuando se acercaron dos bomberos.

Estaba completamente desesperada, tenía que encontrar a Germán. Quizá ya lo habían sacado los bomberos.

— Aarón, dime dónde está. Necesito encontrarlo ya.

Tiró una piedra hacia el fondo de la estancia. Nadie lo vio. Llamó mi atención en un sitio en concreto y me acerqué. Vi un pie asomando y reconocí el zapato.

— ¡Germán! ¡Dios mío, joder!

Estaba histérica perdida pero hice un enorme esfuerzo por controlarme y calmarme. Observé la situación: un gran trozo de pared le había caído encima pero algo había debajo (aparte de otro cascote) que lo había salvado de morir aplastado. Tenía fe en que estuviera vivo aunque no se moviera ni hablara.

— Aarón, te necesito más que nunca, por favor— le supliqué mientras ponía sumo cuidado en dónde ponía los pies.

Me preparé y empujé. La pared comenzó a levantarse pero llegó un momento en que la noté que se me caía encima. Saqué fuerzas de donde no las tenía. Saqué la rabia y el coraje que sentí el día que me desperté del coma al saber que Aarón había muerto. Y saqué las ganas de volver a empezar, las ganas de un nuevo amor, las ganas de ser feliz de nuevo.

— ¡Aarón, no!

Y el muro se me caía más y más. Mis manos se deslizaban por él por culpa de los guantes. Me quité el de la mano derecha rápidamente con la boca y empujé con todas mis fuerzas sin quitar la vista del anillo. Pero no era suficiente. Y vi mi muerte junto a Germán.

— ¡Aarón, mi móvil! ¡Mi móvil! ¡Mi energía! ¡De la mía!— grité en un último intento por salvarnos antes de desplomarme y oír un tremendo golpe.



Me desperté en la cama de un hospital con el gotero en la vena. Una cortina azul me privaba mirar al otro lado de la estancia. Era de noche y estaba un poco mareada. Tuve un déjà vu: la historia se repetía un año después. Me miré la mano y la pierna derechas: las tenía vendadas. Mi pierna, por el dolor, pude intuir que tenía puntos de sutura. Mi ropa descansaba sucia, rota y empapada de sangre sobre el sillón de la esquina. Pulsé el botón que tenía junto a la cama para que viniera una enfermera. Llegó a los pocos minutos.

— Buenas noches, señorita. ¿Se encuentra bien?

— Sí. ¿Me podría decir qué me ha pasado?— levanté la mano vendada, no recordaba aquello.

— Tiene un rasguño bastante grande en la mano. Le han encontrado en una situación de

agotamiento importante. ¿Cuánto tiempo llevaba sin dormir?

Me lamí los labios, pensando.

— Mucho— me limité a contestar—. ¿Qué día es hoy?

— Veintiuno de febrero. Han pasado dos días desde que ingresó— dijo mirando su reloj de muñeca—. ¿Algo más?

— Sí, ¿es esto realmente necesario?— me señalé la vía en mi brazo.

— Me temo que sí. Le estamos suministrando medicinas para el dolor de la mano y la pierna.

Asentí. Aquello ya me lo sabía.

— Le hallaron junto a un joven que estaba inconsciente. Perdió mucha sangre porque se abrió la cabeza. Tuvimos que hacerle una transfusión con su sangre— me señaló—. Usted llevaba en su cartera la tarjeta de donante de sangre.

— Vale, ¿y cómo está él?— pregunté con un hilo de voz.

No quería que me dijera que estaba grave o en coma.

— Compruébelo usted misma— se acercó a la cortina y la apartó.

Germán dormía plácidamente sobre la otra cama. Llevaba la vía en el brazo y una venda le rodeaba la cabeza.

— ¿Sigue inconsciente?— me tembló la voz.

La enfermera negó.

— Le hemos sedado. Se despertó con mucho dolor y muy nervioso porque la vio a usted por eso corrí la cortina. No se preocupe, no tardará en despertar.

Me sonrió y salió de la habitación. Me levanté de la cama con el porta suero otra vez en la mano y me acerqué a su cama. Lo habían rapado al cero para darle puntos en la cabeza, tenía un gran parche debajo de la venda en uno de los lados.

— Tienes que despertarte, ¿me oyes? No me dejes tú también, por favor.

Las lágrimas se me empezaron a desbordar de los ojos. Le cogí la mano y le besé en la mejilla. Parecía tan frágil en ese momento que me esperaba lo peor. Otra vez.

Al día siguiente, me desperté temprano. Una enfermera me trajo el desayuno y le echó un vistazo a Germán que seguía sedado.

— Señorita, los padres de ambos están fuera. ¿Los hago pasar?

— Sí, por favor.

Mis padres entraron muy agitados y los de Germán, asustados.

— ¡Judith! ¡Qué susto, otra vez! ¡Un día de estos me vas a matar!— gritó mientras me abrazaba.

— Exagerada— puso los ojos en blanco mi padre—. ¿Cómo estás hija?

— Bien. Esto no es nada comparado con el año pasado.

Vi a los padres de Germán después de muchos años. Su padre había envejecido notablemente, su madre llevaba mejor la edad. Ella lloraba sentada en un lado de la cama y su marido la consolaba.

— Germán está bien, solo está sedado. Pronto se despertará— les dije como consuelo.

Ambos asintieron, seguramente ya estaban informados de eso. Me preguntaron qué tal estaba y qué había sido de mí todo este tiempo. Les respondí grosso modo, mi madre estaba impaciente por echarme la bronca.

— ¿Se puede saber qué hacías en ese lugar? ¿Tú no estabas en el cementerio?

— Sí, mamá. Pero noté el temblor y salí corriendo. En un bar vi que el museo donde estaba Germán se había derrumbado y fui a buscarlo.

— Ya te vimos por la tele ayudando a los bomberos a levantar escombros— dijo mi padre, orgulloso.

— ¿Qué? ¿Me grabaron?— pregunté, un poco asustada.

— Solo un momento. No nos lo podíamos creer— encendió la televisión—. Mira.

No hizo falta cambiar el canal porque todos hablaban de lo mismo.

—... que, según dicen los bomberos los ayudó a sacar a una mujer, habría sacado ella sola a unas ocho personas: tres de ellas inconscientes y una muerta. Lo único que sabemos de esa chica es que se desplomó por el cansancio junto al cuerpo de su novio, salvándolo justo unos segundos antes. Como decíamos, el trozo de muro, que inexplicablemente levantó, cayó sobre la zona acordonada. Justo debajo se encontraba en ese momento el comisario de la Policía Nacional que nos ha confirmado que estaba vivo de milagro. Hasta el momento han sido rescatadas...

Se me veía en bucle, una y otra vez, ayudando a los bomberos a levantar un trozo de muro. Tragué saliva.

— ¿Has hecho tú todo eso que dicen?— preguntó mi madre con los ojos fuera de las órbitas.

— Sí, bueno, no todo es como lo dicen ahí. Los cascotes eran pequeños, no pesaban mucho. Sí es cierto que el de Germán era más grande así que saqué fuerzas de donde pude— expliqué, restando importancia.

— Pero eso pesa bastante, toneladas diría yo— dijo mi padre.

— ¡Qué va! Además, tengo la fuerza de dos personas— bromeé.

Me miré el anillo y sonreí. Todo había sido gracias a Aarón. Pude hacerme una idea de lo que había hecho: había absorbido la batería de mi móvil y mi energía por completo para quitarnos el muro de encima y en el último segundo había empujado al comisario para salvarlo de morir aplastado.

Nuestro médico en planta les pidió a los cuatro que salieran de la estancia. Miró a Germán y me preguntó que cómo estaba yo.

— Bien. Oiga, ¿cuándo se va a despertar?— señalé a Germán con un movimiento de la cabeza.

— Debería haberse despertado ya pero esperaremos unas horas más.

Se fue, dejándome con la angustia. Quizá Aarón también había absorbido toda la energía de Germán y necesitaba más tiempo para despertarse. Me levanté y acerqué una butaca a su cama para sentarme.

— Germán, despiértate, por favor. Te necesito vivo. No me dejes, te lo suplico— unas lágrimas se escaparon de mis ojos—. Te quiero.

Le di un beso en la frente, cerrando los ojos con todas mis fuerzas, pidiendo un milagro. Me separé de él y me levanté para volver a mi cama. Sabía perfectamente lo que había salido por mi boca porque así lo estaba empezando a sentir.

— Judith...

Me giré de inmediato. Germán movía los ojos, me miraba y hacía guiños de dolor.

— ¡Germán!— me acerqué de nuevo sonriendo. Me supo reconocer—. ¿Cómo estás?

— Cansado— dijo sin fuerza en la voz.

— No hables, descansa. Voy a llamar a la enfermera— toqué el botón de su cama.

A los pocos minutos vino la misma enfermera y, en cuanto vio despierto a Germán, fue a llamar al médico.

Al día siguiente, desayuné y me dieron el alta pero eso no significó que saliera de la habitación. Llamé a mis padres para que me trajeran ropa limpia, pues ellos tenían una copia de la llave de mi piso. También les dije que fueran a por mi coche y les di instrucciones de dónde lo había dejado aparcado y dónde tenía otra llave. Les advertí que a lo mejor, por lo mal aparcado, se lo habría llevado la grúa si no lo encontraban allí. Llegaron una hora después cuando Germán se había despertado y sus padres estaban con él.

— Toma, tenías esto en tu asiento en el coche— me tendió mi padre una especie de carta pequeña.

Abrí el minúsculo sobre y saqué una nota en la que decía:

“Sabía que eras más eficaz que cualquier bombero. Salí vivo de milagro, el muro que tiraste antes de desfallecer casi me aplasta. Sentí que algo me empujaba en el último momento. No se lo he dicho a nadie. Tú mejor que yo sabrás encontrarle una explicación ya sabes, por la cuerda de tender con la que amarraste a aquel tipo y por la puerta que tiraste abajo. Cosas a las que no encuentro explicación pero por las que solo puedo darte las gracias.”

Estaba firmada por el comisario. No sabía cómo había llegado hasta el asiento de mi coche.

— ¿Esto estaba en mi asiento?

— La ventanilla estaba un poco bajada, alguien te la habrá echado por ahí— se encogió de hombros mi padre.

Asentí. La explicación estaba clara: seguramente Aarón estaba detrás de aquel empujón.

Me cambié en el aseo, acordándome del año pasado cuando me quité la bata aunque por esas fechas yo aún estaba en coma. Aarón me sacó la ropa de la bolsa.

— Gracias por todo, Aarón. Sin ti ahora mismo estaríamos muertos.

Dejé la bata sobre la cama y metí la ropa con la que había llegado en la bolsa. Los días pasaron con terrible lentitud hasta que le dieron el alta a Germán.

— Por cierto, ¿sabes que al final te devolví la sangre que me prestaste hace un año?— me miró con cara extraña—. Sí, sí, te hicieron una transfusión. Ya no estoy en deuda contigo.

Nos sonreímos y le di un beso apasionado antes de montar en mi coche a la salida del hospital.

EPÍLOGO

Germán y yo decidimos irnos a vivir juntos, abandonar nuestros respectivos pisos de alquiler y buscarnos uno en el centro para que nos pillara cerca nuestros trabajos. Me despedí de mi piso con un tremendo pesar. Pero Germán tenía razón, tenía que cerrar la etapa de Aarón y, salir de ese piso, era el último paso que me quedaba por dar. La mudanza se me hizo más amena de lo que pensaba pues apenas tenía enseres que llevarme.

Los meses pasaron volando. Aarón y yo apenas hablábamos porque no podía hacer uso de las letras con las que se comunicaba. Solo en algunos momentos en los que Germán salía o en los que le tocaba trabajar de noche, sacaba las piezas y hablábamos.

La convivencia con Germán era muy buena. Era muy independiente y eso me gustaba. Nos lo pasábamos de lujo los dos, era bueno, cariñoso y muy gracioso. En verano me llevó a pasar una semana a un hotel de cinco estrellas con spa en primera línea de playa.

Apenas fuimos a cenar a casa de sus padres cuatro veces cuando, el día de mi trigésimo primer cumpleaños, me propuso matrimonio delante de los invitados. Me quedé petrificada, era lo último que me esperaba. Lo vi allí agachado frente a mí tendiéndome un anillo delante de todos. Me acordé de Aarón y suspiré con el cosquilleo de estar a punto de llorar en la nariz. Pero otro cosquilleo de arriba abajo en la columna vertebral diciéndome que sí, me hizo reaccionar.

— ¡Sí!

Germán me colocó el anillo de compromiso encima del de Aarón y me abrazó, levantándose del suelo y dándome una vuelta. Aquello era una jodida locura. No hacía ni un año que convivíamos y ya nos íbamos a casar. Quizá aquello me convenía por el simple hecho de liberar a Aarón de este mundo porque eso era lo que quería él, verme feliz. Y lo era.

Celebramos la boda en junio en la que estaba invitada hasta la anciana que me ayudó con Aarón cuando fui a ver a mi abuela. A Germán se le saltaron las lágrimas al verme aparecer vestida de blanco, con el palabra de honor y la cola larga. Con el vestido y los zapatos que debieron ser para otra ocasión y no fueron. Sonreí al pasar por el lado de Carmen, Pascual, Alba y su marido. Julia me miraba el vestido embobada. Me devolvieron la sonrisa. Vi a Aarón con ellos, o eso se imaginó mi cerebro.

Agarré a mi padre del brazo con fuerza mientras sonaba la marcha nupcial, estaba súper nerviosa. Lo estaba tanto que no fui capaz de articular palabra cuando el cura me preguntó. Aarón me tuvo que dar un empujoncito en la columna de arriba abajo.

—Sí, quiero— sonreí.

—Sí, quiero— repitió Germán.

El banquete fue espectacular. Tres personas cortamos la tarta; sentí una leve presión sobre mi mano aunque todos solo vieran a dos. Germán y yo abrimos la pista de baile con una canción lenta, bien agarrados, balanceándonos de un lado hacia otro.

— ¿Qué tal el día?— me preguntó mientras todos los invitados nos veían bailar en el centro.

— Es el día más feliz de mi vida— le reconocí, con una sonrisa de oreja a oreja.

— Espero que lo siga siendo el resto de tu vida.

Me devolvió la sonrisa y me besó. Todos comenzaron a aplaudir mientras nuestros labios se fundían. La fiesta se alargó hasta bien entrada la madrugada.

Pasamos la noche de bodas (o lo que quedaba de ella) en un hotel. Germán había reservado la suite del hotel más caro de Toledo. La cama estaba llena de pétalos de rosas y dos cisnes hechos con toallas en el centro se tocaban la cabeza en un gesto de cariño. Germán, que me llevaba en brazos, me soltó encima de ellos y los deshizo. No me dejó escapatoria: hicimos el amor hasta que comenzó a salir el sol y nos quedamos dormidos.

Esa vez soñé con Aarón. Sabía que llegaría el momento de despedirnos para siempre.

— Ahora sí, Judith. Esto era lo que quería, que fueras feliz y en sus brazos veo que lo eres.

— Muchas gracias, Aarón. Jamás voy a terminar de agradecerte todo lo que has hecho por mí y por nosotros. Lo siento por lo que pasó. De no haber ido de viaje, estaríamos juntos y tú serías mi marido en estos momentos.

— ¡Shhh!— me siseó—. No pienses en lo que podría haber sido, piensa en lo que está siendo. Gracias a ti por haberme tratado tan bien y querido tanto todos estos años y por hacerme saber que el verdadero amor no es el primero. Me tengo que ir. Sé muy feliz con él y no me olvides, piensa en mí como un bonito recuerdo— se acercó a mí y me susurró—: ¡Vive! No te espero en el otro lado hasta que no seas una anciana. Te amo.

— Te amo, Aarón.

Me dio un abrazo y juntamos los labios en nuestro último beso, para siempre. Lo vi alejarse hacia una luz mientras se esfumaba y terminaba desapareciendo.

Me desperté sobresaltada con la cara y las sábanas empapadas en lágrimas. Me levanté como un resorte. Germán no estaba a mi lado.

— ¿Germán?— grité mirando a mi alrededor.

Salí al comedor de la suite, todo estaba en silencio. Mi marido no estaba allí.

— ¿Aarón?

Más silencio.

— ¡Aarón!— grité yendo al baño—. ¡Manifíestate, te lo suplico!

Pero no pasó nada y me derrumbé en el suelo. Lloré y lloré hasta que Germán me encontró. Me limité a abrazarle muy fuerte cuando me preguntó qué me pasaba. Ahora tenía que acostumbrarme a vivir sin su espíritu a mi lado como ya me había acostumbrado a vivir sin su cuerpo.

La agonía de su despedida se hizo insoportablemente larga hasta principios de agosto, época en la cual Germán y yo pedimos dos semanas de vacaciones en nuestros trabajos para irnos de luna de miel. El destino lo escogió él, vista mi suerte, preferí no elegir ninguno. Y no sabía si era buena idea que dijera de ir al mismo sitio al que me dirigí con Aarón y nunca llegamos: Andorra.

Al principio me negué en rotundo, no iba a ser tan tonta como para perder a un segundo hombre en el intento. Si ese país me había vetado, yo también a él. Pero acabé cediendo ante la insistencia de Germán. Tampoco me venía mal quitarme esa espinita. El día antes de partir, hice mi maleta. El fondo de ella lo ocupaba una bolsa llena de letras y una mini pala de jardín.

Llegamos sanos y salvos. De nada había servido estar en vilo durante todo el trayecto. Nos alojamos en un hotel y, gracias a mi planning, visitamos todos los lugares a los que quería ir. Nos lo tomamos con tranquilidad. Germán a veces se separaba de mí con su cámara de fotos y perdía la noción del tiempo. Sacaba instantáneas realmente buenas.

Dos días antes de volver a Toledo, nos extraviamos por propia voluntad en un pueblecito medio abandonado situado bajo las montañas. Era precioso, había flores por doquier y las calles y casas estaban hechas de piedras. Vi una pequeña montaña escalable sin mucha vegetación.

— Germán, voy a subir a esa montaña, ¿vale?— se la señalé.

— Vale, ten cuidado. Luego subiré, seguro que el atardecer es precioso desde ahí— me besó y me encaminé hacia la ladera.

Llevaba en la mochila que colgaba de mi espalda lo necesario para hacer lo que tenía planeado una vez llegara a la cima. Y llegué varios minutos después. Descansé un poco y bebí agua de mi botella para reponerme de la fatiga.

Saqué la pala y comencé a excavar. Necesitaba un hoyo de unos quince o veinte centímetros de profundidad. No tardé mucho en conseguirlo, el terreno estaba un poco húmedo. Cogí la bolsa de mi mochila y la vacié cerca del hoyo. Me quedé petrificada al leer: te amo. Las letras habían tenido que caer así por casualidad porque Aarón no había dado señales desde que tuve el sueño

en mi noche de bodas.

— Mira dónde estoy: en el país que íbamos a visitar juntos. Aquí se quedará un trocito de ti para siempre, Aarón— hice un esfuerzo por no llorar—. Todavía me acuerdo de cuando estaban esparcidas por la mesita y tú las movías a tu antojo para comunicarte conmigo. Ahora ya no me sirven para nada. Al final llegamos a Andorra, aunque tú de otra forma. Seguirás vivo en mi memoria y en mi corazón. Adiós, Aarón.

Empujé todas las letras al hoyo y eché tierra encima, enterrando aquel recuerdo. El sol se iba escondiendo. Había hecho lo correcto y me sentía orgullosa. Después de enterrar todas las piezas, me alejé a un saliente para ver el atardecer y esperar a Germán. Allí me senté y al hacerlo, noté algo en el bolsillo trasero de mi pantalón. Era una de las letras que había enterrado, concretamente una “A”: A de Aarón.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar que podía haber sido él, al pensar que todavía seguía en este mundo conmigo.

— ¿Aarón?— miré a mi alrededor y a la letra en mi mano.

No sucedió nada. No hubo respuesta. Cerré el puño y lloré.

Quizá seguía estando conmigo pero ya sin manifestarse, quizá sentía que molestaba. Pero eso no era así. Y la letra no se había teletransportado a mi bolsillo por arte de magia. En ese momento comprendí que no mentía cuando me decía que nunca iba a dejarme sola. Germán llegó y, sin preguntas, me abrazó muy fuerte. Acertó, el atardecer fue precioso.

Y es que tienen razón cuando dicen que pueden pasar miles de personas por tu vida y ninguna deja huella hasta que llega la indicada. La mía pasó y, aunque transcurran los años, nadie podrá borrar la imborrable huella del amor.

FIN

© Obra registrada en Safe Creative